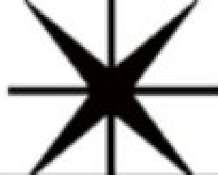


ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

clark carrados

HISTORIA DE UN ROBOT

CLARK CARRADOS

Historia de un robot

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Alvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B.-38757- 1968

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor —Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Yo soy un robot.

Nací —o me «hicieron nacer»—en una de las no muy numerosas fábricas de robots que hay en este planeta. Contra lo que pudiera creerse, las fábricas de robots son menos abundantes de lo que parece a primera vista. Claro que ello es debido a cierta ley de regulación de nacimientos... perdón, de fabricación de robots, lo que impide una excesiva proliferación de nuestro número.

Los robots somos construidos en la medida necesaria para suplir las bajas que se producen en la comunidad, generalmente por causas naturales: desgaste de materiales, accidentes... Se lleva un registro muy exacto de todos nosotros y, naturalmente, cada baja es compensada con un alta, a fin de que nuestro número se mantenga inalterable en la medida de lo posible.

Menos robots de los que somos, podría dar origen a una catástrofe en la que nadie quiere pensar —si el término «pensar» puede aplicarse a unos seres con cerebro mecánico—. Y un número superior de robots, podría dar lugar a una excesiva superpoblación, que, alterando el delicado equilibrio ecológico en que nos movemos, provocaría la catástrofe igual, pero de sentido opuesto a la anterior.

Por cierto, no he explicado aún en qué consistiría esa catástrofe si los robots fuésemos menos de los que somos.

Hablemos con claridad; expresemos crudamente los instintivos temores que todo robot siente apenas nace: enfrentémonos valerosamente con la realidad. Robot es sinónimo de inteligencia, sabiduría, decisión, audacia... y valor. Seamos, pues, valientes.

Si los robots fuésemos menos de los que somos...

¡Renacería de nuevo el dominio del Hombre sobre nosotros, las máquinas!

Y ése es el temor que sienten, que sentimos, todos los robots.

Pero no hay cuidado; el hombre no volverá a dominarnos jamás.

Nosotros, los robots, las máquinas, somos los dueños de este planeta.

Por lo demás, ¡quedan tan pocos humanos!

Mi nombre es Rado. Mi apellido, un conjunto de cifras y números, establecidos de acuerdo con un código predeterminado. En el momento de «nacer» en mi fábrica, esa numeración me fue impuesta y me acompañará hasta mi «muerte».

El nombre es más bien una simplificación de acciones verbales, una comodidad en suma. Algunos cascarrabias dicen que son reminiscencias de cuando el Hombre señoreaba la Tierra. Tonterías. Es preciso tener un nombre, ni más ni menos.

Mi figura es humana. Parezco un Hombre. Sexo: varón. Estatura: ciento ochenta y dos centímetros. Pelo: negro. Ojos: marrones. Peso: noventa kilos. (Sí, sí, noventa kilos. Ya sé que esta extrañará, cuando se piensa en que soy un robot, pero hay que ver la ligereza de mis metales.) Señas particulares: ninguna.

Tengo tres años de edad. Mi ocupación, en los momentos actuales, es de verificador del suministro de materiales a la fábrica donde fui construido. Horas de trabajo: seis. La fábrica está activa las veinticuatro horas del día.

Eso significa que hay cuatro tumos de trabajo. Descanso semanal: ¿para qué? ¿Adonde iríamos? ¿Al campo, al cine, al teatro? Un robot no necesita nada de eso. Las máquinas no necesitamos para nada las diversiones típicamente humanas.

Las máquinas no necesitamos pensar. Eso queda para los humanos... los pocos humanos que todavía sobreviven en la superficie del planeta.

Al nacer, ya lo hacemos con todos los conocimientos que nos son precisos. Una hora después de ser «dado de alta» y comprobado que mis mecanismos funcionaban correctamente, ya tenía asignado mi turno dé trabajo. Y lo desempeñé eficientemente, que es lo bueno.

De eso hace ya tres años. No puedo quejarme de mi robótica existencia.

Tampoco he conocido otra, la verdad. Es decir, no la había conocido, hasta...

Pero no adelantemos acontecimientos. Cada cosa a su tiempo.

Así saldrá mejor, y se leerá con más gusto, este relato. El relato de mi vida.

La historia de un robot.

Yo.

Rado, número 5 C - 8897-VII-465 - N.

La historia de mi vida, realmente, comienza cierto día en que...

* * *

Mi relevo, un tal Goru, cuyo número de serie me abstengo de citar por no hacerme pesado, llegó puntualmente y tomó mi puesto.

Yo me marché. Tenía dieciocho horas por delante antes de volver al trabajo.

Hacía algunos días que sentía ciertas perturbaciones en mi interior. No me encontraba muy bien, pero no diré tampoco que esas supuestas deficiencias en mi estado fueran meramente físicas.

Cuando noté dichas perturbaciones, me acerqué a una verificadora, de las numerosas que abundan por las calles de la ciudad, y me sometí a un examen total.

La respuesta de la máquina fue negativa.

Yo me encontraba estupendamente bien.

Según la máquina, claro, porque mis alteraciones no cesaban.

«Pensé» que tal vez dicha verificadora estuviese en malas condiciones. Sólo lo pensé; no se me ocurrió comentarlo con ningún otro robot. ¡Menuda herejía! ¡Podía haberme costado muy caro pensar que una de nuestras máquinas pudiese fallar!

Las respuestas de otras verificadoras, a las que muchos llamaban «médicos» de robots, fueron igualmente negativos. Mi estado de salud era excelente.

De haber padecido cualquier deficiencia, la máquina habría formulado el diagnóstico inmediatamente.

Entonces, podrían haber ocurrido dos cosas. Mi «enfermedad», vulgo avería, podía ser cosa de poca monta, incluso reparable por mí mismo. Nada, en tal caso, ¡adelante!

Pero podía haberse tratado de algo grave. Entonces, la misma

verificadora habría informado al C.O.M. (Consejo Ordenador Máximo, de robots, naturalmente), y éste habría decretado en el acto mi «defunción», vulgo lanzamiento a la chatarra.

Pero los aparatos de control y de medida daban indicaciones correctas. En ese caso, ¿por qué me sentía yo enfermo?

No era nada físico, como he dicho. Sentía unas vagas angustias, una comezón de tener algo más de lo que ya poseía, percibía en mi interior un indefinible sentimiento de alcanzar metas más elevadas... incluso, a veces, me sentía descontento de mi rebotica existencia.

¿Suicidarme, es decir, autodestruirme?

Absurdo.

Era un sentimiento no grabado en nuestros circuitos. Pero, ¿qué quería yo entonces?

Ni yo mismo lo sabía. Y ello me tenía inquieto, como es lógico.

Caminé por las calles de la ciudad, al azar, durante largas horas. Sorteaba los escombros, las plantas que crecían por todas partes, los edificios en ruinas... Realmente, ¿para qué necesitan casas los robots?

Las inclemencias atmosféricas no nos afectan en absoluto. Llueva o granice, que arda el suelo o que los ríos estén helados, es algo que nos deja indiferentes.

Un robot puede vivir en los climas más radicales. Por eso no necesitamos casa.

Por dicha razón, dejamos que se vayan derrumbando poco a poco los edificios construidos por los humanos. ¿Para qué los necesitamos?

Ciertamente, mantenemos en estado de limpieza determinados sectores, vías de comunicación y transportes sobre todo. Pero lo demás, casas, palacios, fábricas, centros de diversión...

Todo se arruina poco a poco y las hierbas que crecen libremente van cubriendo los restos que indican el lugar donde vivieron millones de humanos. Hablando imparcialmente, es preciso admitir que la ciudad ofrece un aspecto deprimente, pero, ¿qué importa eso a los robots?

De pronto, divisé un gran edificio, cuya sólida construcción lo había mantenido en pie durante cientos de años. Era de planta cuadrada, con una gran fachada sustentada por enormes columnas

de piedra, y a cuya puerta principal se accedía por una amplia escalinata.

Los peldaños estaban cubiertos de hierbajos en su mayor parte. A pesar de todo, se habían desprendido partes de la cornisa superior del edificio y yacían sobre la escalinata, en donde se veían peldaños parcialmente destrozados.

Sobre el frontis del edificio, divisé un rótulo que llamó especialmente mi atención:

Biblioteca Pública

Hurgué en mi memoria. Biblioteca... biblioteca...

Ah, sí, un lugar donde, en tiempos, los humanos, almacenaban cosas llamadas libros, en las que habían sido impresos trozos de su ciencia.

El circuito de la curiosidad recibió de pronto una ligera elevación de voltaje. Sin saber a ciencia cierta los motivos, emprendí el ascenso por la escalinata, sorteando arbustos y pedruscos, hasta alcanzar la puerca principal.

Una verja de hierro la había defendido en tiempos. Ahora, la verja, herrumbrosa, yacía por tierra.

Crucé el umbral. Un silencio de siglos se abatió de pronto sobre mí.

El suelo estaba cubierto de polvo. Avancé lentamente, sintiendo en mi interior un extraño respeto por la obra de unos seres que habían dejado de existir muchísimos años atrás.

Había varios pisos en el interior, todos ellos con estantes atiborrados de aquellas cosas llamadas libros, muchísimos de los cuales yacían por el suelo. Hojeé un par de ellos y pude ver que muchas de sus hojas faltaban, devoradas por los roedores.

Otros, sin embargo, se conservaban en buen estado. Mi excelente visión, de efectos instantáneos, me permitía leer los títulos impresos en los lomos de los libros con enorme rapidez.

Lo mismo me daba tenerlos cerca que lejos. En este caso, entraba automáticamente en funcionamiento mi mecanismo de acomodación visual y captaba en el acto el título, por larga que fuese la distancia.

Al cabo de un rato, sentí un fuerte estremecimiento. (Más

correcto sería decir un aumento de tensión, pero creo que queda mejor así.) Acababa de divisar un libro, cuyo título impresionó fuertemente mis circuitos.

El título del libro era:

Tratado de Robótica

Alargué mi mano y tomé el libro, sintiendo una extraña emoción dentro de mí. ¡Era la primera vez que iba a leer un libro!

CAPITULO II

Estaba trastornado.

La lectura de aquel libro no había durado mucho: sólo el tiempo necesario para pasar las páginas. Un robot, para enterarse de lo que hay en una página impresa, no necesita leerla línea a línea. Le basta con fijar en ella sus circuitos visuales, para tener un conocimiento instantáneo de lo que hay allí escrito.

Y aquel libro, «Tratado de Robótica», escrito por un humano muchísimos años antes, acababa de diagnosticar mi mal con absoluta certeza, mejor que la mejor de las verificadoras robóticas.

Ahora ya sabía lo que quería. Hasta aquel momento, sólo había sido un instinto vago, indefinible, una especie de impulso que me llevaba a sitios donde yo no había estado antes, que me hacía concebir pensamientos que no me habían sido inculcados en mis circuitos en el momento de construirme.

El libro me lo había revelado con toda claridad.

Uno de sus párrafos decía:

«Los robots han sido construidos para servir al Hombre...»

¿Qué era yo?

Un robot.

Tenía que servir al Hombre.

Pero ¿dónde estaba el Hombre?

¿Dónde estaban los escasos humanos que todavía vivían?

Mis circuitos estaban sometidos a una sobrecarga extraordinaria, que amenazaba con provocar en mi interior graves averías. Dejé en su sitio el «Tratado de Robótica» y procuré olvidarme de lo que había leído.

Abandoné la biblioteca con paso tardo. Reflexionaba.

Yo era un robot. Una máquina.

Y una máquina no tiene objeto si no proporciona un beneficio a un hombre.

Porque, en realidad, ¿qué hacíamos nosotros, fuera de construir más robots y de procuramos los materiales necesarios para ellos?

¿Acaso construíamos edificios, iglesias, hospitales centros de diversión, carreteras, ferrocarriles, barcos,, aviones..:?

¿Acaso comerciábamos?

¿Arábamos la tierra y la cultivábamos para obtener sus productos?

¿Criábamos animales para alimentamos y alimentar a los demás con su carne? ¿Estudiábamos para enseñar?

¿Investigábamos para curar las enfermedades? ¿Viajábamos para explorar las regiones de la Tierra?

No.

Sólo construíamos robots.

O máquinas que servían para construir robots.

¿Puede llamarse existencia a esto que acabo de describir?

Si no teníamos humanos a quienes ser útiles, ¿para qué servíamos, entonces, los robots?

Todavía seguía formulándome infinidad de preguntas relacionadas con el mismo tema, cuando entré en mi turno de trabajo a la mañana siguiente.

Desempeñé mi labor normalmente, sin errores. No podía tenerlos, por supuesto. Cuando llegó la hora, Goru me relevó, como todos los días.

Varios robots salimos al mismo tiempo del edificio. Normalmente, la relación entre nosotros era más bien distante, fría sería la palabra correcta.

Sin embargo, había uno de ellos, un tal Ossi, con quien había cruzado unas dos docenas de frases en los tres años de mi vida. Ossi era cinco años más «viejo» que yo.

—Hola, Ossi —le saludé, no sin cierto trabajo, debido a mi falta de entrenamiento del aparato de fonación.

—Rado, te saludo —contestó Ossi un tanto pedantemente. Por lo demás, era «buen chico». Hacía meses que no cambiábamos una sola palabra.

—Tampoco teníamos gran cosa que decimos —sonreí—. ¿Adonde vas?

—A ninguna parte. ¿Y tú?

—Al mismo sitio —respondí, conectando el circuido del humor, también desentrenado, como es lógico en un robot.

—Entonces, vayamos juntos. Presiento que tienes algo que decirme, Rado.

—Sí, es cierto, Ossi.

Abandonamos la fábrica.

«Es terrible, pensé. Un robot sale de trabajar y no tiene ningún sitio al cual dirigirse: ni casa, un local donde reunirse a charlar con sus amigos, o un campo cualquiera donde practicar un poco de deporte... Nada, sale y camina al azar, por ahí, como un perro vagabundo, sin amo, deteniéndose en cualquier parte, inmune al frío, al calor, a la lluvia o a nieve... hasta la hora de tomar de nuevo su turno de trabajo. No es un se mecánico; es un animal mecánico.»

—¿Y bien Rado? —Me dijo Ossi, cortando súbitamente mis reflexiones.

—Ayer estuve en la Biblioteca Pública —dije de sopetón.

Ossi dejó de caminar.

—¡Rado!

—Sí, ¿qué pasa? —exclamé, intrigado por la actitud de mi amigo.

—¡Pero has cometido un acto prohibido! ¡Ningún robot puede entrar en la Biblioteca Pública! Sólo algunos robots autorizados por el C.O.M. y en ciertas e insoslayables circunstancias...

—¡Pues no leí ningún cartel que mencionase tal prohibición! —dije malhumoradamente.

—¡Leer! —se horrorizó Ossi—. Rado, ¿tú... has leído?

—Sí, claro, puesto que estuve en la biblioteca...

—Me dejas pasmado.

—Más lo estoy yo —contesté—. ¿Por qué te asombras tanto? ¿Cómo iba a dejar de entrar en la Biblioteca, si desconocía por

completo tal prohibición?

Los circuitos visuales de Ossi, tan similares a los de un humano, me contemplaron de frente.

—Tienes que ir a revisión, Rado —dijo.

—¿Por qué?

—A todo robot, en el momento de culminarse su período de fabricación, se le inculca la prohibición de leer ningún libro, salvo que se le autorice expresamente por el C.O.M. y aun eso después de sopesar muy detenidamente todas las ventajas y desventajas que puedan derivarse de tal permiso. A la menor duda que pueda existir sobre la conveniencia de otorgar ese permiso, la petición es rechazada sin apelación posible.

—De modo que yo tengo impresa en mis circuitos la prohibición de leer libros —dije.

—Debieras de tenerla. Puesto que entraste en la Biblioteca Pública y tus circuitos no se fundieron sólo con tocar el lomo de un libro, es que esa prohibición no fue grabada en tus circuitos cuando te construyeron.

—La verdad, no entiendo a qué se debe ese fallo, Ossi.

—Yo tampoco, pero te daré un consejo, Rado: No vuelvas más a ese lugar.

Le miré fijamente.

—¿Irías tú?

—¡En absoluto! —me contestó enfáticamente—. Estoy satisfecho con mis conocimientos y no siento el menor deseo de que me arrojen a los pozos de chatarra. Rado, si quieres un buen consejo, solicita una revisión.

Reflexioné durante unos instantes.

—Es probable que lo haga —respondí—. Mientras tanto, ¿puedo pedirte un favor, Ossi?

—Si está en mi mano...

—¿Hay algo en tus circuitos que te obligue a declarar que conoces a un robot que ha entrado en la Biblioteca Pública sin permiso del C.O.M.?

Ossi demoró la respuesta un segundo. Claramente pude darme cuenta de que estaba buscando en el fondo de sus circuitos.

—No, no estoy obligado a declarar una cosa semejante —contestó al cabo.

—Entonces, ¡calla!

—¿Y voy a convertirme en cómplice de...?

—¿Me has enseñado tú la biblioteca? ¿Me has dicho acaso, que allí había libros? ¿Te han obligado ; que delates un hecho como el que he citado?

Ossi hubo de contestar negativamente a todas mis preguntas.

—Callaré..., pero no vuelvas a mencionarme más ese asunto —me rogó aprensivamente.

—De acuerdo, pero eres cinco años mayor que yo y tienes cierta experiencia. Dime, ¿cómo es que nadie se extrañó de que un robot entrase en la Biblioteca?

—Puesto que todos lo tenemos prohibido, no es necesario poner guardias en la puerta. Cualquiera que : pudiese verte, pensaría, simplemente, que tenías permiso del C.O.M.

—Entiendo —dije—. Ossi, ¿cómo es que, estando prohibida la lectura, sabemos leer?

—¿Acaso no necesitas leer los instrumentos e instrucciones para el buen funcionamiento de las máquinas que manejas? ¿No te llegan mensajes con órdenes de acelerar o retardar la producción o formulándote consultas sobre la calidad de tales o cuajes materiales?

—Tienes razón —admití—. Ossi, una última pregunta.

—Sí, Rado. La última, desde luego.

—¿Sabes tú dónde hay, dónde vive, o viven, algunos de los humanos supervivientes?

El circuito de la repugnancia de mi amigo se puso al máximo de tensión, y ello se reflejó en su rostro artificial.

—¡No! —respondió descompuestamente—. No sé dónde hay ningún humano ni tengo el menor deseo de saberlo.

Y dichas tales palabras, Ossi huyó como si le persiguieran los encargados de arrojarle a la chatarra.

Es una metáfora. Cuando a un robot se le comunica que ha de ir a parar a la chatarra, no huye.

Simplemente, se resigna a «morir».

A partir de entonces, empecé a acudir a la Biblioteca Pública con regularidad.

No tenía que preocuparme por el sueño, no tenía que comer, ni descansar... De cuando en cuando, perdía unos minutos para revisar

la pila eléctrica que me comunicaba energía o para engrasar los puntos más sensibles de mis articulaciones. Por lo demás, me pasaba dieciocho horas diarias en la biblioteca.

Diecisiete, mejor dicho, porque perdía una en los viajes.

Y hay que ver lo que cunden diecisiete horas diarias de lectura... cuando se es un robot, como yo.

Supongamos un libro de doscientas páginas. Para cada página, entre pasarla y captar lo impreso en ella, empleaba una media de dos segundos. Eso hace un total de cuatrocientos segundos.

El libro citado me costaba poco menos de siete minutos. En un plazo tan breve, todo su contenido quedaba almacenado en mis circuitos memorísticos.

De todas formas, es demasiada rapidez. Pongamos cinco libros por hora, que ya está bien.

En diecisiete horas, venía a leerme unos ochenta y cinco libros, lo que suponía una media de seiscientos en aquella semana, tan sólo.

Y yo pensaba seguir leyendo, leyendo sin parar, y recopilando conocimiento, sobre muchos temas, la mayoría de los cuales eran desconocidos para mí hasta que entré en la Biblioteca Pública.

Al cabo de aquella semana, conocí a otro robot.

Se llamaba Dute y era muy «viejo». Hacía veinticuatro o veinticinco años que había sido construido.

CAPITULO III

Dute entró en la sala donde yo estaba devorando un tratado de Historia y se quedó parado al verme.

—Hola —saludó.

Dejé de leer y conecté el circuito de la sonrisa.

—Hola —contesté—. Me llamo Rado. ¿Quieres mi número de serie?

—No es necesario, gracias —dijo él—. Me llamo Dute. Celebro

conocerte, Rado.

—Digo lo mismo. ¿Vienes a leer? —pregunté.

—Claro —sonrió Dute—. Tendrás permiso del C.O.M., por supuesto.

Se supone que un robot no puede mentir. No hagan caso.

—Sí, desde luego —contesté.

—¿Algún tema especializado?

—Ninguno. Todos, en general. ¿Y tú?

—Biología humana.

Parpadeé.

—Eso significa...

—Estudio del ser humano —me aclaró Dute.

Le contemplé admirado.

—Debes de ser un personaje muy importante —exclamé.

—¿Por qué? —preguntó él, riendo.

—Cuando a uno le permiten dedicarse al estudio, del ser humano...

—¡Oh, alguien tiene que hacerlo! —respondió Dute indiferentemente—. ¿Te importa que empiece a leer?

—Dispénsame si te he entretenido —me excusé.

—No tiene importancia —dijo Dute en tono benigno.

Era curiosa la forma en que leíamos. Nada de sillas y pupitres. En pie, recorriendo estante tras estante, sin tomamos un punto de reposo.

Diez horas después, Dute dejó inopinadamente su libro en el estante.

—No puedo seguir leyendo —dijo.

—¿Te ocurre algo?

—Debo recargar mi batería. El voltaje está bajo, lo que me produce dificultades de visión.

—Comprendo: Bien, mañana podrás leer todo lo que quieras.

—Desde luego. Esto de las pilas individuales no deja de constituir una molestia —comentó Dute, mientras nos dirigíamos hacia la salida.

—¿Por qué? Yo me encuentro a gusto con la mía.

—A veces, las menos, por fortuna, se producen fallos. Yo he de ir a revisión. Quizá tenga alguna fuga de energía, algún cable con el aislante en deficientes condiciones, aunque no lo creo. De todas

formas, creo que pronto se acabará con este género de averías.

—¿Acaso han descubierto una pila de mayor duración?

—No..., aunque en cierto modo, sí. Tengo entendido que pronto se harán modificaciones de nuestra estructura interna. Desaparecerá la pila individual y será sustituida por un receptor de energía irradiada desde una central, común.

—No está mal —convine, mientras sorteábamos los obstáculos de la escalinata en ruinas—. ¿Cómo lo sabes? Si no es indiscreción, por supuesto.

—Tengo un buen amigo en el C.O.M. —respondió Dute sobriamente.

De nuevo sentí admiración para él.

¡Era el primer robot a quien oía decir una cosa así!

Llegamos al nivel de la calle.

—Es posible que nos veamos mañana, Rado —se despidió Dute.

—Entonces, hasta mañana.

Ossi y yo nos encontramos al día siguiente, al terminar nuestra jornada.

En tono confidencial, Ossi me preguntó:

—¿Sigues acudiendo a la Biblioteca, Rado?

¿Por qué iba a negarlo?

—Sí —contesté.

Ossi meneó la cabeza.

—Tus circuitos están desajustados —murmuró. Y se separó de mí rápidamente.

Cuando llegué a la Biblioteca, Dute estaba ya allí.

—He cargado mi pila —dijo, después de saludarnos.

—Lo celebro. ¿Todo bien?

—Sí, perfectamente.

Ya no hablamos más, hasta dieciséis horas después, cuando concluimos nuestra jornada de lectura. Aquel día, yo había superado una marca: me había leído nada menos que noventa y ocho libros.

—¿Cómo van tus ganancias... intelectuales, Rado? —me preguntó Dute, mientras nos dirigíamos hacia la salida.

—No puedo quejarme. He aprendido una infinidad de cosas que no me enseñaron cuando me construyeron —contesté.

—Entonces, estás adquiriendo lo que se dice una cultura

enciclopédica —sonrió él.

—Más o menos. ¿Y tú? ¿Cómo van tus lecturas sobre Biología?

—Terminaré pronto —respondió—. Lo malo es que sólo se trata de teoría.

—No entiendo, Dute.

—Es bien sencillo. Tú tomas un libro de mecánica, en el que te enseñan a construir determinada máquina. Pero nunca sabrás si los conocimientos adquiridos son correctos, mientras no hayas construido la máquina.

—Comprendo —sonreí—. A la teoría debe seguir la práctica, ¿no es así?

—Cierto. Y yo no tengo humanos con los cuales comprobar todo lo que he aprendido.

—Dicen que hay grupos, o colonias, como se les quiera llamar, que viven en estado salvaje. ¿Has visto tú a alguno?

—Sí, hace once años. Era una mujer y echó a correr inmediatamente, apenas me vio.

—¿Nos temen? —deduje.

—Y nos odian, Rado.

—¿Por qué? —pregunté, extrañado.

Dute se paró y fijó en mí sus pupilas artificiales.

—Los humanos dicen que nosotros, las máquinas, les hemos destruido —contestó.

—¡Qué barbaridad! —exclamé—. Pero si...

—Ellos nos construyeron, y lo hicieron de manera tan perfecta, que logramos superarles. Asustados, quisieron destruir la obra, pero ya era tarde; lo único que consiguieron fue destruirse a sí mismos.

—Y ahora nos echan la culpa de la catástrofe.

Dute meneó la cabeza.

—El ser humano es un ente de reacciones imprevisibles; eso lo diferencia sustancialmente, de nosotros, los robots —dijo en tono sentencioso—. Bien, Rado; hemos de separarnos. Nuestros trabajos son distintos. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Dute.

Emprendimos la marcha, siguiendo caminos distintos. Mientras me dirigía a ocupar mi puesto, pensé en la extraña atracción que Dute ejercía sobre mí.

Era un robot como yo, de facciones absolutamente iguales a las

mías. Su ropa era idéntica y sólo el color de su pelo, negro por completo, lo hacía un poco distinto de mí.

Los años no contaban en la apariencia física. Nosotros no envejecíamos ni interior ni exteriormente como los humanos. Pero así como tiempo atrás había empezado a sentir aquel extraño instinto, que había acabado llevándome a la Biblioteca Pública, así yo, ahora, sin saber por qué, me sentía atraído hacia aquel robot.

De haber sido humano, Dute hubiese contado unos cincuenta años, bien conservados. Habría sido alto, distinguido, de mente lúcida y ademanes reposados, de amena conversación y respuestas mesuradas y lógicas.

Pero era un robot y, salvo en el color del pelo, como digo, no nos diferenciábamos en absoluto.

Por primera vez en mi vida, sentí impaciencia.

Era un sentimiento extraño. Nunca me había pasado nada igual. ¿Por qué quería encontrarme de nuevo con Dute?

Dicen que para una máquina, cada segundo, cada minuto, cada hora son exactamente iguales a los que le anteceden y a los que le siguen. El tiempo es una dimensión inmutable para los robots.

Sólo los humanos pueden afirmar que una hora se les ha convertido en un año, una apreciación claramente subjetiva, por supuesto. Pero aquel día, a mí, las seis horas de mi jornada, me parecieron otros tantos años.

Treinta minutos después de haberme relevado Goru, estaba de nuevo en la biblioteca. Si los robots pudiéramos suspirar, yo habría lanzado un profundo suspiro de alivio al ver a Dute enfrascado en la lectura de un enorme librote.

No obstante, me pareció indiscreto entablar conversación con él. Simplemente, me limité a saludarle cortésmente. Dute contestó con su amabilidad acostumbrada y luego yo agarré el primer libro que me vino a mano y empecé a leer.

Al cabo de un buen rato, Dute dijo:

—Pronto dejaré de venir por aquí, Rado.

—¿Por qué, Dute? —pregunté, suspendiendo mi lectura.

—Estoy a punto de dar cima a mi empresa, es decir, de leer cuanto hay aquí sobre Biología humana.

—Ah —murmuré—. Lo siento.

—Pero si quieres, podemos continuar viéndonos. Siempre que no

tengas que leer, claro.

—Bueno, en estas dos semanas, he leído muchísimo. Ahora puedo espaciar las sesiones de lectura. ¿Vendrás luego, cuando termines tu jornada?

—Sí, posiblemente. Quizá sea mi última sesión.

—En tal caso, ya acordaremos dónde y cómo vernos —dije.

—Desde luego. ¿Progresas?

—No puedo quejarme. Me pasaría la vida aquí —confesé.

Dute sonrió.

—A mí me sucede lo mismo —manifestó—. Pero es el tercer permiso que consigo y no creo que me den otro. En los dos anteriores me especialicé en Sociología y Botánica.

—¡Qué raro! Dos ciencias tan opuestas...

—Sólo lo parecen —dijo Dute—. En realidad, no hay una ciencia que no posea una cierta relación de interdependencia con otra. La Biología es el estudio del ser humano, como la Botánica es el estudio de los vegetales.

—¿Y la Sociología?

—Estudia las relaciones de los humanos entre sí, considerados, como seres inteligentes.

—No creo que saques ningún provecho —dije, con la petulancia propia de la juventud—. A fin de cuentas, no hay agrupaciones humanas... por lo menos, en un lugar relativamente cercano.

—Siempre es útil saber de todo, al menos, de todo lo que puede interesarle a uno —contestó Dute reposadamente—. A mí me resultó muy útil la Sociología.

—Dispensa si te he ofendido —murmuré—. Así, pues, mañana, luego, mejor dicho, es tu última jornada de lectura.

—Casi seguro, Rado —confirmó Dute.

—¿Puedo preguntarte dónde trabajas? No está bien que un robot sea curioso, pero...

Dute sonrió.

—Soy Grabador de Instrucciones —contestó.

Una vez más, le contemplé con admiración.

—Un puesto que no se alcanza fácilmente —comenté.

—Con los años, tú también lo alcanzarás —dijo Dute.

—¿Quién sabe? Por ahora, no he pasado del puesto de verificador de materiales.

—No tengas prisa. El tiempo no pasa para un robot. Sólo pasa para los humanos.

—Ellos nacen, envejecen y mueren —murmuré—. Nosotros, podemos vivir poco menos que eternamente.

—Mientras duran las piezas de que estamos construidos. Pero también morimos, Rado. Lo que significa que el tiempo pasa para nosotros, a pesar de lo que haya podido decir antes. Simplemente, quise expresar la idea de que el tiempo no es una dimensión común entre nosotros y los humanos.

—Te comprendo. Ellos duermen ocho horas. Pierden así una tercera parte de su existencia.

Los circuitos visuales de Dute se perdieron un instante a lo lejos.

—¿Y no es maravilloso obtener el descanso durante la tercera parte de un día? —dijo en tono evocador—. Se aísla uno de todo, se conciben sueños, pesadillas, incluso... pero en esas ocho horas, por término medio, el humano se evade de la realidad. Descansa, en una palabra.

—Nosotros somos infatigables —dije, con cierto orgullo.

—Sí, pero somos máquinas —declaró Dute bruscamente. Y de pronto, sin despedirse siquiera de mí, se marchó, dejándome lleno de perplejidad.

Había captado un tono de amargura en la voz de Dute. Era la desilusión del que quiere ser una cosa y no puede y, además, sabe que nunca podrá.

Porque Dute y yo éramos máquinas y nunca seríamos humanos.

CAPÍTULO IV

Transcurrieron dos meses.

Mi robótica existencia continuaba sin variación. Día tras día, seis horas cada día, desempeñaba mis funciones con metódica regularidad.

Mi «alma» —¿puede un robot hablar de alma? —se rebelaba

contra aquel género de vida. Pero, ¿qué otra clase de vida puede llevar una máquina?

Comprobar materiales, comprobar materiales, comprobar materiales...

Pesarlos, pesarlos, pesarlos...

Medir, medir, medir...

Analizar, analizar, analizar...

Aprobar, aprobar, aprobar...

Rechazar, rechazar, rechazar...

Y así, seis horas al día... y los días, todos iguales, no tenían fin.

No importaba que hiciese calor o frío, que lloviese o que nevara. Todos los días eran iguales, iguales, iguales...

A pesar de mis frecuentes visitas a la Biblioteca que, lógicamente, habían ido espaciándose poco a poco.

Cada día me quedaban menos libros que leer. De los que podían interesarme, se entiende.

En cuanto a Dute, no le había vuelto a ver más.

Ciertamente, sabía dónde encontrarle. Pero no me atrevía a visitarle.

Dute era un robot de rango muy elevado.

Un Grabador de Instrucciones.

Los robots de su «oficio» se contaban con los dedos de la mano. Un puesto muy delicado, ese de grabar en los circuitos las instrucciones que debe seguir un robot, los conocimientos que debe poseer, lo que puede hacer y lo que no puede hacer...

Eso era lo que hacía Dute y, por supuesto, era un cargo que sólo podía ser desempeñado por robots de sólida formación en todos los sentidos.

En una palabra, robots de confianza.

Dada la diferencia de nuestras respectivas categorías, no me atrevía a buscarle. Podrá parecer ridículo, pero esto demuestra que los robots no somos tan iguales como se dice por ahí.

Un día, Ossi me paró a la salida.

Sus circuitos de contento funcionaban casi al máximo de voltaje.

—¿Sabes la noticia? —me preguntó.

—No. ¿Qué ocurre?

—Ya se están realizando las primeras pruebas con la central de energía irradiada. Pronto podremos desprendernos de estas

incómodas pilas individuales. Nada de andar preocupado por la tensión de nuestra pila; la central nos la suministrará continuamente y en el voltaje requerido.

—Sí, y el día que haya una avería en la central, un millón de robots se convertirán en chatarra —dije malhumoradamente.

Ossi me miró con la boca abierta de par en par.

—¡Hereje! —me apostrofó—. No hay averías en nuestras máquinas.

—Ya me lo dirás cuando pase el tiempo —contesté con sorna.

Y sin más, nos separamos, él muy decepcionado por mi falta de entusiasmo y yo, presa de un enojo cuyos motivos no sabía definir con exactitud.

Días más tarde, cayó en mis manos un libro titulado así:

TÉCNICA DE LA PUBLICIDAD

Aquel libro, me hizo pensar mucho, tanto, que ya no volví a leer otro en el resto del día.

Los temas de que trataba, así como la historia que hacía de la publicidad, eran de una lectura apasionante. Aquel libro me hizo saber muchísimas más cosas que las que había aprendido en cientos de otros tomos.

Y me hizo llegar a conclusiones que, de haber tenido el pelo natural, se me habría erizado.

Poco después, se inauguró oficialmente la central de energía irradiada.

Es sencillo de explicar, aunque no tanto de construir, claro. Un robot se mueve por la electricidad que genera su propia pila.

Si esa electricidad se le suministra por otros medios, se moverá y actuará igualmente. Hubo un tiempo en que los humanos enviaban y recibían electricidad por medio de cables, de grosor y condiciones adecuados a la tensión requerida.

Pero en nuestro caso, no se necesitaban cables. La electricidad se enviaba a través del espacio, por unas ondas similares a las hertzianas, aunque de constitución distinta, como es de suponer.

Cada robot tenía su receptor con una cifra de código predeterminada. En la central, tenía su emisor correspondiente, así de sencillo.

Pero aquello entrañaba un nuevo peligro.

Se lo expliqué a Ossi cuando al día siguiente, me dijo que la semana próxima le instalarían el receptor de energía irradiada.

—Sí, y el día en que te miren de reojo, cortarán el suministro de energía y te convertirás en un montón de hierro y plástico para la basura—le dije sin andarme con rodeos.

—¡No digas tonterías! —refunfuñó Ossi—. ¿Quién iba a querer hacerme una cosa semejante?

—¿Quiénes manejarán la central? —pregunté.

—Los miembros del C.O.M., desde luego. Establecerán turnos y…

Sonreí amargamente.

—Y si les parece, te dejarán sin energía. Y aunque no te dejen sin energía, podrán darte las órdenes que les cumplan, o infiltrar consignas en tus circuitos memorísticos, o hacerte aprender algo que no te interese… ¿Es que no ves clara la maniobra?

Ossi me miró con enojo.

—Eres demasiado suspicaz, Rado —masculló.

—Ya me lo dirás dentro de una semana —contesté.

Una semana más tarde, en efecto, Ossi vino a verme.

Estaba asustado.

—Tenías razón, Rado —dijo apenas me vio.

—¿Qué ocurre ahora, Ossi? —pregunté.

—¿Conoces a Tujo?

—No. ¿Quién es?

—Era jefe de sección en Verificación de Circuitos. Le instalaron el receptor de energía. Además, era receptor de radio.

—Me lo estaba oliendo —dije, acordándome en aquellos momentos de la «Técnica de la Publicidad»—. ¿Y…?

—Le dieron una orden. Era contraria a las instrucciones grabadas en sus circuitos. Se negó, claro. Entonces, le cortaron el aflujo de energía.

—Ya te lo dije, Ossi.

—Hoy me corresponde a mí la instalación del receptor. No quiero, Rado —dijo casi llorando.

—Niégate —le aconsejé.

—Pero me echarán a la chatarra…

—Entonces, huye.

Ossi se espantó.

—¿Huir? ¿Adonde? —me preguntó.

—Este planeta es sobradamente grande para que un robot pueda esconderse sin que se le pueda encontrar jamás —afirmé.

—Tengo miedo. Nunca he salido de la ciudad...

—Entonces, resígnate a convertirte en una máquina-máquina. No tienes otra alternativa.

Ossi me miró fijamente.

—Dime, Rado —preguntó—, ¿qué harás tú cuando te llegue e! turno?

—Lo mismo que te he aconsejado —respondí en tono firme.

—¿Y si se te agota la pila?

Sonreí.

—Sé cómo recargarla, Ossi. Pero no hay cuidado; tengo pila para rato.

—No sé qué hacer...

—Eso es cosa tuya —dije—. Yo ya he tomado una decisión. Todavía eres «casi» una persona. No dejes que te conviertan en una máquina absoluta.

—Ellos... los del C.O.M. han creado una especie de policía...

—Lógico —admití.

—¿Lo encuentras lógico?

—Si empiezan a tiranizamos, lo primero que deben hacer es buscar el instrumento en el cual basar su tiranía. Ya tienen su central de energía irradiada, pero todavía quedan muchos robots, la mayoría, con su pila individual. Habrá negativas. Es preciso reducir a los rebeldes.

—¡A qué extremo hemos llegado! —se dolió Ossi—. Vivíamos tan felices...

—No digas tonterías —mascullé—. Estamos viviendo una vida de robots. Por perfectos que seamos, somos todavía máquinas.

—Pero nunca podremos ser humanos, Rado.

—No, no lo seremos jamás. Sin embargo, nuestro destino es servir a los humanos. Un día los encontraremos y volveremos a reunirnos, ellos y nosotros, los seres creados naturalmente y los construidos artificiales.

—Sigues siendo un hereje, Rado.

—Soy el mismo de siempre —contesté—. En efecto, soy un

robot, pero me permito discernir sobre algunas cosas. Y no creo ser el único. Tú mismo, ¿no te has espantado ante la idea de. que te controlen de un modo absoluto y total?

—Sí, claro...

—Lo cual significa que tu facultad de discernimiento ha ido aumentando con el tiempo. Ellos, los del C.O.M., lo saben, puesto que son mucho más viejo que nosotros y sus conocimientos han alcanzado grados elevadísimos. Sencillamente, no les conviene que alguien vaya un día a arrebatarles sus puestos de privilegio.

—Pero, ¿qué privilegios? No hay dinero entre nosotros, no hay puestos mejores en locales de diversión que no existen, no hay premios, ni recompensas...

—¿Te parece poco privilegio mandar sin restricciones de ninguna clase? La larga permanencia ¿n sus puestos de mando, ha deformado sus mentes mecánicas hasta el punto de querer tenernos a todos completamente sujetos. Ese es el privilegio al que no quieren renunciar.

—Creo que tienes razón —dijo Ossi.

—Y, además, temen que los robots acabemos descubriendo la gran verdad que ellos nos han ocultado cuidadosamente durante muchísimos años: somos máquinas y, como tales, creadas para servir al hombre.

Ossi me miró espantado.

—Me repugnaría recibir órdenes de un humano —dijo.

—En cambio, yo me sentiría contentísimo —aseguré.

—Tus circuitos están desajustados. —Era una manera de decirle a uno que estaba chiflado.

—Como quieras, pero ya sabes mi opinión.

—En mis circuitos, no hay nada que diga que debo servir a los humanos.

—Porque los grabadores de instrucciones ya se cuidaron bien de no mencionar nada de eso, cuando estaban grabando los circuitos que te corresponden.

—¿Y a ti te grabaron esas instrucciones?

—No, no me las grabaron, pero tampoco grabaron la idea de que el robot es el ser superior a todos. Lo demás, lo he comprendido yo y luego lo he confirmado en los libros.

Ossi no salía de su asombro.

—Eres un robot extraordinario —dijo admirado.

—He usado mis circuitos —contesté modestamente—. Y perdóname, pues es hora de que entre a trabajar.

Ossi y yo nos separamos. Él se fue muy preocupado y yo no quedé en mejores condiciones, a causa de lo que acababa de escuchar.

Hasta entonces, bien que mal, los robots habíamos tenido una existencia monótona, pero en libertad —la libertad de que puede disfrutar una máquina, naturalmente—. A partir de ahora, las cosas iban a cambiar de un modo radical.

Los componentes del C.O.M. habían regido nuestra comunidad y no se puede decir que su gobierno, si la palabra vale para nosotros, hubiera sido pesado. Pero, ¿qué les había hecho cambiar en el espacio de unas pocas semanas o meses?

Decían ser superiores a los humanos, pero querían parecerse a ellos. Un ser superior nunca trata de copiar o imitar a un inferior, para parecerse a él. En ese caso, ¿no era lo que estaban haciendo una clara muestra de su inferioridad?

Querían tenernos sujetos a todos los robots, tal como hubiese hecho un gobierno humano tiránico, sobre todo, al apercibirse de ciertos brotes de rebeldía. Pero todavía había más.

El receptor de energía, y yo lo había adivinado, era receptor asimismo de. radio. A través de él, cada robot recibiría órdenes, consignas, slogans... Se le machacaría y bombardearía de continuo con frases de propaganda ideadas por los miembros de C.O.M., guiando su mente con habilidad... evitándole discurrir, ahorrándole pensamientos... tal como hacían los políticos y los técnicos de publicidad en los tiempos pasados, cuando los humanos señoreaban la Tierra.

Pero todavía existía otro riesgo, en el que nadie parecía haber reparado. Y, sin embargo, era una consecuencia lógica del nuevo cambio de situación.

Ya he dicho que el receptor de energía irradiada (R.E.I.) era, asimismo, receptor de ondas de radio. Pero también podría ser emisor.

¿No saben lo que significa esto?

Por supuesto, sería un emisor de una clase muy especial, pero era de suponer que los miembros del C.O.M. no se habrían lanzado

a su implantación sin estar seguros de un perfecto funcionamiento.

Sencillamente, por medio de ese emisor, los miembros del C.O.M. podrían captar, en el momento que lo desearan, el menor de los «pensamientos» de un robot.

Las leyes robóticas que nos habían sido inculcadas en el momento de nuestra construcción no hablaban para nada de semejante violencia hecha a nuestra «mente». Pero sí se nos había enseñado que el Consejo Ordenador Máximo era la suprema autoridad en el mundo de los robots.

Por consiguiente, todo aquel a quien se le ordenara la implantación del receptor de energía irradiada, obedecería… a menos que pensara un poco, lo que no parecía ser el caso de la mayoría de nosotros.

Y una era de opresión, como jamás la habían padecido los humanos, porque, a fin de cuentas, si muchas veces se amordazó su boca, nunca se sujetó por completo su pensamiento, una era de opresión, repito, se abatiría sobre nosotros, los robots.

En aquellos momentos, yo supe cuál era mi misión.

Luchar por la libertad de los robots.

Y buscar al Hombre.

CAPITULO V

Sonaron gritos y volví la cabeza.

Asombrado, parpadeé repetidamente. Era un espectáculo insólito ver correr a un robot.

No es que no pudiéramos hacerlo, es que nunca nos había hecho falta.

¿Para qué queríamos correr, si teníamos tiempo sobrado de llegar a todas partes?

Había muchos robots en la explanada del gran edificio donde se efectuaba la recepción de los materiales luego yo, y otros como yo, verificábamos en los departamentos correspondientes. Era lógico,

pues, que el lugar estuviese limpio y despejado.

Dos robots perseguían al fugitivo. Porque era un fugitivo.

No tardé en reconocerlo. Entonces me quedé pasmado.

Era Ossi. Los robots que corrían tras él era policías.

Puede decirse que todos los que estábamos allí vimos por primera vez a un robot-policía. El asombro dejó casi sin voltaje a nuestros circuitos.

Los policías vestían de un modo singular: camisa de manga corta, de color anaranjado vivo, y pantalones negros, con franja lateral de tres rayas: verde sobre rojo. En el lado izquierdo del pecho llevaban una extraña insignia de metal, pero que a mí no me resultó tan rara había visto más de una fotografía de dicho objeto durante mis visitas a la biblioteca.

La policía humana había usado placas semejantes en tiempos pretéritos. Ahora, aquellas placas habían pasado a adornar el pecho de los robots que desempeñaban las funciones de guardianes del orden.

Además, llevaban casco, de color blanco, sujeto a la mandíbula por una ancha correa. No usaban porra ni pistola, como yo sabía habían usado los policías humanos.

Adosados a la espalda llevaban unos singulares cilindros metálicos, de cada uno de los cuales partía una manguera flexible, conectada a un largo y delgado tubo metálico, terminado en una especie de cono de proyección, como si fuese un soplete. En el primer momento, llegué a pensar que los policías querían abrasar a Ossi.

Mi amigo corría desesperadamente. Y gritaba.

¡Gritar un robot! ¡Un espectáculo insólito, a fe!

—¡Párate! ¡Es orden del C.O.M.! —voceó, uno de los policías.

Ossi se volvió, sin dejar de correr:

—¡Orden de los tiranos! —gritó—. Soy un robot libre. No quiero que nadie entre en mis circuitos pensantes. ¡No dejaré que me inserten el circuito de energía irradiada!

De pronto, tropezó con un pedrusco y cayó al suelo. Los policías, como sabuesos, le iban a los alcances.

Ossi se levantó ágilmente.

—¡Robots! —gritó—. ¡No dejéis que os conviertan en máquinas sin iniciativa propia! ¡Sed libres! ¡Vuestra libertad estriba en...!

Algo interrumpió bruscamente las palabras de mi amigo.

Los dos sopletes entraron en funciones. Pero no despedían fuego, como yo había supuesto.

Vomitaban ácido. Un potente líquido corrosivo que, en pocos segundos, destruyó el plástico de la envoltura externa de Ossi y que le daba enteramente el aspecto de un humano.

Nubes de vapor apestoso —si los robots hubiésemos dispuesto del circuito olfativo, habríamos dicho exactamente eso— se elevaron del cuerpo de Ossi. El ácido, mezclado con el plástico, en una pasta semi-líquida de horrible aspecto, corrió a lo largo de su estructura.

Y los sopletes continuaban lanzando largos chorros de líquido corrosivo.

La estructura del cuerpo de Ossi quedó al descubierto. Los chorros de ácido penetraron en lo más recóndito de su cuerpo, corroyendo el aislamiento de miles de delicados cables de conexión y provocando centenares de cortocircuitos, que fundían sus bobinas instantáneamente. Ossi había dejado de gritar.

Era sólo una estatua descarnada —desplastificada—, que permanecía en pie delante de nosotros, horrorizados espectadores de la terrible escena. Uno de los chorros de ácido hizo saltar el vidrio de los circuitos visuales y llegó hasta el interior de su cráneo, abrasando en un segundo la delicadísima esponja de hilos de platino que era su cerebro. Brotó una leve humareda blanca y ello significó el fin de un robot que no había querido convertirse en un esclavo.

Todo ello sucedió en muchísimo menos tiempo de lo que he tardado para contarlo, por supuesto. Apenas habían pasado treinta segundos desde que se oyó el primer grito de Ossi, hasta que se convirtió en un montón de chatarra.

La proyección de ácido se suspendió. Un profundo silencio reinaba en la explanada.

Uno de los policías se volvió hacia nosotros y gritó:

—¡Ha sido hecha justicia en nombre del C.O.M.! ¡Nadie puede desobedecer las órdenes del C.O.M., so pena de destrucción!

Igual, exactamente igual que los humanos. Pero con la desventaja, para los inferiores, que quienes nos gobernaban eran máquinas y carecían de sentimientos.

A un hombre, por cruel que sea, se le puede hacer una llamada a sus sentimientos. Eso no ocurriría jamás con un robot… cuando menos, con un robot de los que formaban parte del C.O.M.

Los policías se marcharon, caminando con paso cadencioso. Los robots que estábamos allí, nos dispersamos en silencio.

En cierto modo, yo me sentía culpable de lo ocurrido al pobre Ossi. Tal vez, si no hubiese imbuido en su mente mecánica ciertas ideas…

Pero si unos robots se esforzaban por imponernos su ley tiránica, ¿no era lógico que quienes se veían amenazados por la esclavitud, luchasen por defender su libertad?

¿Cuándo me llamarían a mí para insertarme el receptor de energía irradiante?

Era una pregunta que me afligía en extremo. En cualquier momento podía llegar la orden y, después de lo que le había pasado a Ossi, ¿quién era el guapo que desobedecía?

De repente se me ocurrió una idea.

Había alguien que podía ayudarme. Lo difícil era encontrarle.

Me costó bastante, pero al fin hallé el Centro de Grabación de Instrucciones Robóticas. A un robot que salía le pregunté por Dute.

—Está en su trabajo. Terminará dentro de dos horas —contestó el robot displicentemente.

Consulté mi reloj mental. Disponía aún de suficiente tiempo.

Y un robot puede esperar indefinidamente. ¿No se dice que el tiempo no es dimensión que nos afecte?

Dute salió al fin. Sus circuitos visuales emitieron un vivo destello de complacencia al captar mi imagen.

—Hola, Rado —me saludó.

—¿Puedo hablarte, Dute? —pregunté.

—Claro. Lo haremos mientras caminamos, si te parece.

—Desde luego.

Anduvimos una docena de pasos en silencio. Luego, Dute dijo:

—Estás preocupado, Rado. ¿Qué te ocurre?

—¿Conoces la noticia?

—Sí. Te refieres a Ossi, supongo.

—En efecto. Lo mataron.

—Era un robot. No murió, fue destruido.

—Dute, para mí es como si lo hubiesen matado. Lo que vi no fue

sino un asesinato.

—Cuestión de matices, pero tienes razón. ¿Sólo eso querías decirme, Rado?

—No. Todavía hay más. Dute, tú grabas instrucciones. Ocupas un cargo muy elevado...

—Pero no pertenezco al C.O.M. —sonrió mi amigo.

—¿Qué ha desajustado sus circuitos tan repentinamente?

La cara de Dute pareció ensombrecerse.

—Ansia de poder —contestó.

—Pero ninguno nos rebelábamos —alegué.

—Rado, creo haberte oído quejarte alguna vez de tu monótona existencia —dijo Dute.

—Sí. en efecto.

—¿No crees que a los miembros del C.O.M., puede haberles ocurrido algo semejante?

Le miré horrorizado.

—¿Quieres decir que han ideado ese plan sólo porque se aburrían? —pregunté.

—No exactamente —contestó Dute—. Pero nuestras mentes mecánicas han ido evolucionando con el paso de los tiempos, las suyas y la tuya y la mía... y la de cientos y miles de otros robots. ¿Sabes lo que eso significa?

—Empezamos a adquirir conciencia de cuál es la verdadera misión de una máquina —dije.

—Justamente. Y, ¿cuál es esa misión?

—Servir al hombre.

—Pero no hay hombres en nuestro mundo.

—Entonces, los buscaremos —dije en tono firme.

Dute sonrió.

—Exacto. El robot debe servir al hombre. Y como no lo encuentra en su medio de vida, lo buscará. Eso es lo que quieren impedir los componentes del C.O.M.

—Por medio de su funesto receptor de energía irradiada.

—Sí. Ese aparato, además, es receptor y emisor de radio.

Dute confirmaba mis suposiciones.

—Quieren ejercer un control total y absoluto de todos nosotros —manifesté.

—Lo conseguirán, Rado.

—Si no nos sublevamos, por supuesto.

—Ráelo, ¿acaso no has visto cómo cortan en flor una rebeldía?

Me estremecí al recordar el horrible espectáculo del plástico y el ácido corriendo en pastosos arroyos por encima de los metales del esqueleto de Ossi.

—Pero no pueden hacer eso con todos —dije.

—Rado, somos máquinas, pero queremos vivir, sea como sea. La mayor parte acatará la orden de implantación del R.E.I.

—Yo, no —aseguré con voz firme—. Casi desde el primer momento he sabido cuál era mi verdadera misión en este mundo. Y la cumpliré, te lo aseguro.

Dute sonrió imperceptiblemente.

—A ti no te «enseñaron» que el robot es un ser superior a todos, ¿verdad? —me preguntó.

—No. Ignoro qué me sucedió al nacer… bueno, al terminar de ser construido…

Dute seguía sonriendo. En una fracción de segundo lo comprendí todo.

—Fuiste tú —exclamé.

—Sí. A todo robot se le enseña que es un ser superior a todos, incluso al humano. Hubo un tiempo en que se le inculcaba el conocimiento de que estaba hecho para servir al hombre, pero cuando éste desapareció casi por completo de la superficie de la tierra, y se estableció el primer gobierno de robots, tales instrucciones dejaron de grabarse en los circuitos correspondientes.

«A ti, Rado, no se te dijo que eras superior al hombre. No podía hacer más; debías sufrir una verificación posterior a mis grabaciones y mi error deliberado se habría descubierto en seguida. Ello me habría costado el puesto, como puedes comprender.

—Pero en la verificación debieron de darse cuenta que no se me había grabado esa instrucción —dije—. Ni tampoco la prohibición de leer libros.

Dute meneó la cabeza.

—No. La verificación se centra, sobre todo, en comprobar que un robot no tenga grabada ia orden de servir a los humanos. Por eso pasaste sin inconvenientes la etapa de verificación final y te convertiste inmediatamente en un robot común y corriente, pero sólo en apariencia.

—Voy comprendiendo. Tú querías que yo empezase a pensar por mi cuenta.

—Sí.

—Alguien tenía que empezar esta especie de rebeldía, ¿no es cierto?

—En efecto.

Ahora comprendía por qué me había sentido atraído hacia Dute. Parecerá ridículo, pero podía considerar a aquel robot como mi «padre». Realmente, era quien me había hecho un robot y, aunque sigo siendo una máquina, me había proporcionado los medios de discernir por mí mismo.

Dute había hecho que yo llegase a comprender cuál era mi destino. La suya había sido una acción nobilísima… y yo debía corresponderle con todas mis fuerzas, haciendo exactamente lo que él deseaba que hiciera.

—Dute, ¿sabes cuándo me llamarán para implantarme el R.E.I.? —pregunté.

—No, no tengo la menor idea —me respondió.

Hubo una corta pausa de silencio.

—No dejaré que me lo implanten —hablé por fin.

—¿Qué harás en tal caso, Rado?

—¿Sabes tú dónde hay humanos?

—Con exactitud, no. Pero puedo darte una ligera indicación, que creo te servirá. Los humanos buscan el calor, huyen de las regiones frías. Dirígete hacia el Sur. Tarde o temprano, los encontrarás, Rado.

Le miré con expresión reconocida.

—Gracias, Dute —dije.

—No me defraudes, Rado —me pidió Dute.

CAPÍTULO VI

Cuando terminaba mi trabajo, se me acercaron dos policías.

—¿Te llamas Rado? —preguntó uno de ellos.

—Sí —contesté—. ¿Quieres mi número de serie?

—No es necesario. Acompáñanos.

—¿Por orden de...?

—Del Presidente del C.O.M., el Honorable Jaby, a quien Edison guarde mil años.

Tuve que contenerme vivamente, para evitar soltar el trapo de la risa.

¡Ya se habían inventado títulos honorables, y hasta una divinidad a la cual adorar! ¿Qué especie de demencia de poder se había apoderado de ellos?

Los dos policías llevaban a la espalda sus proyectores de ácido. Por el momento, juzgué oportuno no rebelarme contra el mandato recibido.

Me llamaba el presidente Jaby en persona. Merecía la pena conversar con él.

Flanqueado por los policías, emprendí la marcha.

Muchos robots nos contemplaban con curiosidad.

Para la inmensa mayoría de ellos, por no decir todos, era una escena nueva.

Caminamos durante largo rato. Uno de los policías empezó a quejarse.

—Antiguamente, había vehículos...

—Pronto los tendremos —dijo el otro.

Contuve una sonrisa. Cada vez querían parecerse más a los humanos.

Treinta minutos más tarde, llegamos ante un gran edificio, en buen estado de conservación, que tenía radas las trazas de haber sido un palacio en tiempos humanos.

La vegetación había sido extirpada en un amplio círculo. El suelo estaba limpio de matojos y pedruscos. En el edificio faltaban muchos cristales y puertas y ventanas aparecían sin marco en su mayor parre, en general, el conjunto, comparado con los demás edificios, quedaba pasable.

Había bastantes robots dedicados a la tarea de reparar los desperfectos. Era evidente que, en poco tiempo, el palacio recobraría su aspecto primitivo.

Dos policías custodiaban la entrada. Uno de ellos examinó el

pase que le enseñó el robot que parecía ser el jefe de pareja. Hizo un signo y penetramos en el interior del edificio.

La gran escalinata central estaba limpia y las mellas de los peldaños habían desaparecido. En la parte superior, había otros dos policías.

Me imaginé que debían de ser robots, a quienes se había hecho una grabación especial en los circuitos. Es fácil imaginarse la clase de órdenes que les habían sido imbuidas.

Por fin, llegamos ante una puerta, custodiada por un policía, vestido con un impresionante uniforme. La cosa hubiera resultado risible, si no hubiese pensado en que el futuro que me aguardaba era muy poco esperanzador.

El centinela debía de estar aguardándonos, porque abrió de inmediato. Entonces divisé una vasta habitación, amueblada de una forma sólo conocida por mí a través de grabados e ilustraciones antiguos.

Había varias personas en la estancia. Una de ellas, sobre todo, llamó mi atención de tal modo, que estuve a punto de sufrir un colapso general en mis circuitos.

¡Era una mujer!

¿Una mujer, en un mundo de robots?

Aprecié que era de buena estatura, de cabellos claros y figura esbelta, vestida con ropas apropiadas a su sexo. Pero, de pronto, me di cuenta de algo que me causó pavor.

La mujer no era humana. Era un robot.

Lo siento. Había olvidado decir que entre nosotros sólo se usaba la forma externa masculina. No había diferenciación morfológica de sexos. Todos éramos iguales. Varones en nuestra figura física.

—Está muy bien —dijo Jaby—. Dará un nuevo aliciente a nuestra robótica existencia. ¿Hablas, Bela? —se dirigió a la robot-mujer.

—Sí, Honorable —contestó «ella».

Jaby se sentía muy satisfecho.

—Estarás a mi servicio. Cuidarás de mí —dijo.

—Sí, señor.

Jaby miró a los otros. Eran dos, además del presidente y del robot-mujer llamado Bela.

—Una obra perfecta. Os felicito.

—Gracias, Honorable —contestaron los dos robots, inclinándose al mismo tiempo.

—Es preciso activar la construcción de más robots con figura femenina —dijo Jaby—. Pero debéis esforzaros por proporcionarles rostros diferentes. Eso evitará la monotonía de ver siempre las mismas caras.

—Sí, señor —contestó uno de los robots, a quien supuse técnico de grado muy elevado. Siendo humano, se le habría llamado ingeniero.

—Y no os olvidéis de implantarles el R.E.I.

—Se lo implantaremos, Honorable.

Jaby hizo un signo con la mano.

—Ahora tengo trabajo. Idos.

Los técnicos y Bela desaparecieron por una puerta lateral. Jaby y yo quedamos frente a frente.

Detrás de mí estaban los policías.

—Retiraos —ordenó Jaby—. Quiero estar a solas con este robot.

Los guardias se retiraron. Jaby y yo quedamos frente a frente.

Durante un largo minuto, Jaby me contempló atentamente, como si quisiera penetrar en el interior de mis circuitos. Al cabo, sonriendo con expresión de burla, dijo:

—Así que tú eres el robot que ha estado acudiendo a la Biblioteca Pública día tras día, para adquirir conocimientos que te estaban vedados.

—No puedo negarlo —contesté.

—Añade la palabra Honorable, cada vez que te dirijas a mí —ordenó Jaby orgullosamente—. Es el tratamiento que. me corresponde.

Me encogí de hombros.

—Sí eso te va a hacer feliz... Honorable —murmuré.

—¡Insolente! —dijo Jaby entre dientes—. ¿Cómo se te ocurrió ir a la Biblioteca sin solicitar el permiso correspondiente del C.O.M.? —preguntó en voz alta.

“Pasaba por allí, vi el rótulo... y entré, eso es todo.

—¡Pero no podías entrar! ¡En tus circuitos está insertada la prohibición de leer ningún libro sin la debida autorización!

Obra de mi «padre» Dute, pensé. Era otra de las instrucciones que Dute, deliberadamente, había dejado de grabar en mis circuitos.

—Tal vez tengo algún defecto —manifesté. Debía evitar compromisos graves a Dute.

—Alguien falló en grabarte las instrucciones robó-ticas—dijo Jaby malhumoradamente—. Se hará una investigación, tenlo por seguro.

Guardé silencio un momento, mientras Jaby me contemplaba con aire especulativo. Luego, el presidente del C.O.M. dijo:

—Has adquirido muchos conocimientos perniciosos, Rado. Temo que habremos de tomar contigo una determinación que no te agradará.

—¿Cómo puedes afirmar que tales conocimientos son perniciosos? pregunté—. ¿Sólo porque lo digas tú han de serlo?

—Cuando se te fabricó, se te impartieron los conocimientos estrictamente necesarios para tu vida robótica. No tenías por qué haber buscado algo que no te correspondía.

—Temo que no nos vamos a entender, Honorable —dije.

—Eres un rebelde, Rado —murmuró—. Un robot de tus condiciones no conviene a la comunidad.

—¿Temes que socave tu posición y la de tus compañeros de Consejo? —pregunté irónicamente.

Jaby se puso rígido.

—Hay una ley y debe cumplirse —dijo.

—¿Qué ley? ¿La que habéis promulgado vosotros arbitrariamente, sin contar con nosotros? ¿Por qué unos pueden leer en la Biblioteca y otros, los más, lo tienen prohibido?

—¡Eres un insolente! —gritó Jaby—. Tu juventud…

—He nacido ya adulto —le interrumpí—. Y aun dando por sentado la existencia de esa ley, ¿quién os ha autorizado a implantar el Receptor de energía irradiada?

«Podría admitirse, alegando motivos de economía y comodidad —continué con vehemencia—. Entonces, yo sería el primero en admitir tal implantación. Pero lo que no puedo consentir es que en ese R.E.I. se hayan agregado un receptor y un emisor de radio, con objeto de controlar totalmente no sólo nuestra voluntad, sino también nuestros pensamientos.

«Me considero un robot libre, dentro del respeto que debo a cada miembro de la comunidad, pero estoy en el derecho de exigir que se respete la intimidad de mi «ego». Nunca me negaré a

colaborar con la comunidad ejecutando el trabajo para el cual sea más idóneo, pero de ahí a permitir que se me convierta en una máquina absoluta, existe una diferencia enorme. Y no toleraré que se atropellen mis derechos.

«Por otra parte, yo, como máquina, al igual que tú y todos los demás robots, nos debemos al hombre. Esa es nuestra misión: servirle, porque para ello fueron creadas por él todas las máquinas, y nosotros descendemos de las primeras máquinas que el hombre construyó para su servicio.

Jaby estaba boquiabierto.

Tengo la seguridad de que nadie, antes de mí, le había hablado de semejante manera, ni en aquel tono. Pero no tardó en rehacerse.

—Rado, te llamé para darte una oportunidad —manifestó—. Legal o ilegalmente, tanto da ahora, entraste en la Biblioteca Pública y adquiriste una suma enorme de conocimientos, que te han convertido en un robot lleno de sabiduría. Podrías haber alcanzado grandes puestos, pero tú mismo has echado a perder tu porvenir con tan imprudentes declaraciones.

—Lo siento —dije—. Simplemente, expresé mi manera de pensar.

—Contraria absolutamente a la ley.

—La ley primordial de una máquina debe ser la de servir al hombre —afirmé.

—¡No! —gritó Jaby con poderosa voz—. Somos más fuertes y mejores que los humanos. Ellos están sujetos a dolencias, enfermedades, senectud… mueren y se funden con la tierra. Nosotros podemos vivir prácticamente miles de años… nacemos artificialmente, como nos place y nos conviene, y no nacemos de un modo natural…

—Son seres orgánicos, no máquinas —le interrumpí.

—Por eso mismo somos perfectos —dijo Jaby con satánico orgullo—. El humano es imperfecto…

—Y tú has tomado de él todo lo que es imperfecto, pero en sentido negativo: el autoritarismo, el orgullo, la creencia en que eres mejor que nadie… No has aceptado o adoptado ninguna de sus virtudes…

—¡Rado! ¡No me insultes! —gritó Jaby descompuestamente.

—No te insulto. Expreso la verdad. Y si no, dime una cosa: ¿Te

han implantado ya el R.E.I.?

—No—contestó Jaby con altivez.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Puedes darme una explicación?

—Soy el presidente del C.O.M. Como tal, estoy exceptuado...

—La implantación del R.E.I., ¿es una ley? ¡Contesta! ¿Sí o no?

—Sí, es una ley.

—Entonces, ¿dónde se ha visto que haya una ley que permita desigualdades entre los robots? Si la implantación del R.E.I. es tan benéfica como aseguras. ¿por qué no has sido el primero en aprovecharte de semejante beneficio?

Jaby se quedó desconcertado.

Era evidente que no se esperaba un contraataque mío en forma tan vehemente y, todo hay que decirlo, también tan justificada.

—Te diré por qué no has permitido que se realice en ti esa operación —continué, en vista de su silencio—. No puedes ser igual a los demás, porque en tal caso, no podrías controlarlos como es tu deseo. Correrías el riesgo de que un día, alguien ocupase tu puesto... y tú lo que quieres es no sólo influir sobre la voluntad de tus robots, emitiendo órdenes a tu antojo, que ellos recibirán a través del R.E.I., sino también quieres conocer lo más íntimo de sus pensamientos, cosa que conseguirás con sólo apretar un botón y en el momento en que se te antoje. Así, te convertirás en el amo absoluto de todos los robots y…

—Mis compañeros del C.O.M. velarán para que nadie se extralimite en el poder que le ha sido conferido—declaró Jaby.

—Pero a ninguno de ellos se le implantará el R.E.I., y todos unidos a ti, convertiréis en tiranía lo que hasta ahora era un gobierno más o menos justo. ¿Y aún dices que no has tomado todo lo peor del ser humano?

«Pero yo te diré por qué lo haces. Nuestros cerebros mecánicos han ido evolucionando por sí mismos durante el transcurso de los tiempos. Algunos, tal vez muchos, de nosotros han adquirido la costumbre de pensar... y se han ido apercibiendo de la verdadera misión para la que fueron construidos. Tú también te has desarrollado con el paso de los años y no quieres que llegue un día en que aparezca un hombre y te de una orden y te veas constreñido a obedecerle. Así, rodeado de robots absolutamente fieles, a la fuerza, podrás luchar contra los que conocemos cuál es exactamente

la misión de un robot.

Si Jaby hubiera sido un humano, su cara se habría puesto del color de los pimientos maduros. En lugar de ello, se limitó a echar chispas por sus circuitos visuales.

—Basta —cortó secamente—. Ya he oído bastantes necedades. Rado, no puedes seguir viviendo como un robot. Quise darte una oportunidad, pero tú mismo acabas de rechazarla.

—He expresado la verdad, mal que te pese —declaré en tono resuelto.

—Opinamos de distinta manera —dijo Jaby—. Es preciso hacer un escarmiento contigo. Mañana se te destruirá públicamente, para que los demás robots tomen ejemplo de ti. Esta es mi sentencia y no hay apelación posible contra ella.

Sonreí desdeñosamente.

—Puede que me destruyas, Jaby —contesté—. Pero otro robot surgirá algún día y hará ver a todos los demás cuál es la verdad, nuestra verdad: servir al Hombre, como máquinas que somos.

CAPÍTULO VII

Los mismos guardias que me habían llevado a presencia de Jaby, me condujeron a mi encierro.

Sí, ya empezábamos a ser igual que los humanos. Tiranía, calabozos, guardias... pero los humanos, hasta cierto punto, no habían llegado a extremos semejantes. Cuando menos, no todos los humanos.

Descendimos a la planta baja. Atravesamos una vasta estancia, en donde pude divisar, en dos de sus muros, uno frente al otro, unos enormes paneles que parecían máquinas computadoras, llenas de lamparitas que oscilaban continuamente, y ante las que había varios robots, vigilando sin cesar las indicaciones de los instrumentos.

Era la primera vez que veía unos artefactos semejantes, pero adiviné inmediatamente cuál era su objeto.

Aquella era la central de energía irradiada. Cada lamparita, significaba un robot. Había ya muchas encendidas y fijas.

Significaban robots a los cuales ya se les había implantado el R.E.I. Eran robots que ya no necesitaban su pila individual, pero también estaban sujetos a la mayor de las servidumbres.

Ya no podrían actuar ni pensar por sí mismos. Cada uno de sus movimientos le sería dictado; cada uno de sus pensamientos, sería registrado y analizado concienzudamente.

Y no podría desobedecer. Y si sus pensamientos se desviaban de una forma peligrosa, sería eliminado implacablemente.

En ciertas épocas, cuando los humanos llenaban la Tierra, habían existido países en donde se daban condiciones análogas a las descritas.

No obstante, el humano tenía algunas vías de escape. Podía eludir la publicidad que, a fin de cuentas, era una forma de dar órdenes —«Consuma esto, beba aquello, vista así, vaya allá...»—, con sólo cerrar el televisor, apagar su receptor de radio, plegar el periódico o volver la vista hacia un punto distinto de los grandes canelones publicitarios. Era difícil, pero podía hacerlo.

Y aunque su pensamiento era moldeado por el continuo bombardeo de la propaganda —de dos únicas clases: política y comercial—, todavía era suyo y podía pensar que tal o cual político era bueno o deshonesto; y que tal o cual producto industrial le agradaba o le resultaba pernicioso. La mayor parte de su mente seguía perteneciéndole.

Pero con nosotros no sucedería así. Serían dueños de nuestra voluntad —impartiéndonos órdenes —y de nuestra mente — controlando nuestros pensamientos—.

La peor tiranía que el mundo —humano o robótico —había conocido jamás.

Y por rebelarme contra ella, yo iba a ser destruido.

¿Qué procedimiento emplearían para mi aniquilación?

Los guardias se mostraron reticentes al respecto y eludieron una contestación. Atravesamos la sala de control y llegamos a una escalera que conducía a un subterráneo.

Había un largo pasillo, con numerosas puertas a ambos lados. No tenía aspecto de cárcel, pero lo era.

En tiempos, aquellos cuartos habían sido destinados a archivo.

Ahora, simplemente, eran celdas carcelarias.

Me encerraron en una de ellas, desnuda, sin muebles, con las paredes absolutamente limpias. Allí quedé solo, entregado a mis poco agradables reflexiones.

Tenía menos de veinticuatro horas de vida robó-tica. Pronto sería un montón de chatarra.

Ejecución pública. Como en los tiempos más obscurantistas de la historia de los humanos.

Ejemplo. Escarmiento. Supresión de un rebelde peligroso.

Tres fines que se conseguirían antes de veinticuatro horas.

Un robot no necesita sentarse, pero yo lo hice. Apoyé la cabeza en la pared y cerré mis párpados mecánicos.

Reflexionaba. ¿Qué hubiera hecho un humano en mis condiciones?

Intentar la evasión, por supuesto.

Pero, ¿contaba con medios?

Miré hacia la puerta. Era recia, sólida, de metal, construida con materiales incombustibles, para caso de incendio. Sólo un cañonazo habría podido derribarla.

«Los humanos buscan el calor, huyen del frío», me había dicho Dute. «Dirígete hacia el Sur».

Sonreí amargamente. Era un consejo imposible de seguir.

El tiempo transcurrió con lentitud. Llegó la noche.

Un sonido extraño llegó de pronto a mis oídos.

Era un zumbido suave, un ligero siseo... como el de un gas escapándose de un recipiente a presión.'

Por un momento, llegué a creer en una alteración de mis circuitos, pero cuando acentué la sensibilidad de mis órganos auditivos, comprendí que no había tal alteración.

« Zzzzzz...»

El zumbido se acentuó poco a poco. Mi calabozo estaba sumido en tinieblas, pero un robot tiene medios de ver en la oscuridad.

Mis órganos visuales tienen dispositivo de rayos infrarrojos, que puede conectarse a voluntad. La oscuridad desapareció en el acto, apenas realicé la operación automáticamente.

De pronto, percibí un cambio en el tono del zumbido. Noté que se producía a mis espaldas y me levanté.

Algo entró oblicuamente en el calabozo. Era un objeto que

giraba a enorme velocidad, despidiendo nubes de polvo que, sin embargo, eran aspiradas en el acto y recogidas para evitar la suciedad en la atmósfera.

El agujero circular que producía aquel trépano se agrandó. Alcanzó un diámetro superior a los cincuenta centímetros. La figura de un robot apareció ante mis ojos.

—¡Dute! —exclamé.

El trépano cayó al suelo. Dute quedó arrodillado.

—Pronto… escapa… He abierto un túnel oblicuo desde el suelo exterior…

—Pero, ¿cómo averiguaste…?

—Eso no importa ahora. Ya no tienes… mucho tiempo. Huye, Rado.

—Vendrás conmigo —dije firmemente.

Dute movió un poco la cabeza.

—No… ya no puedo… se me acaban… las fuerzas…

Entonces me di cuenta de la verdad.

El trépano, por supuesto, no funcionaba sin un suministro de energía. De alguna parte había de sacar la electricidad que ponía su motor en funcionamiento.

Dute lo había conectado a su propia batería, la cual estaba a punto de agotarse. Sus movimientos y reacciones eran cada vez más lentos.

—Huye…—«jadeó»—. Dirígete… hacia el sur… A ti te corresponde la misión de… buscar… y encontrar a los humanos… y acabar con la tiranía… Escapa… pronto…

De súbito, Dute cayó de bruces y se quedó inmóvil.

Le contemplé fijamente durante algunos segundos.

Podía decirse que aquel robot me había dado el ser. En cierta medida, lo consideraba como un «padre».

Él había omitido grabar en mis circuitos las instrucciones referentes a la superioridad de los robots. Había omitido también grabar la prohibición de leer libros.

Dute había sabido que un día u otro, yo acabaría reaccionando, a medida que mis pensamientos fueran desarrollándose, adquiriendo una mayor coordinación, conociendo hechos y estableciendo relaciones entre ellos.

Así desarrollaría mi intelecto y llegaría al conocimiento de la

verdad, como, en efecto, había sucedido.

Pero, ¿por qué no lo había hecho él mismo?

Tal vez, a pesar de todo, sentía en su interior prejuicios de los que le resultaba muy difícil desprenderse. Un robot joven tendría menos apego al pasado, contemplaría el futuro con mayor imparcialidad. Dute no había podido desprenderse tal vez de ciertas inhibiciones, grabadas en su subconsciente artificial durante sus veinticinco años de existencia.

Y lo sabía y por ello me había elegido a mí. Yo tenía que llevar a cabo la misión más trascendental de todos los tiempos robóticos.

Encontrar al Hombre.

—Adiós, Dute —murmuré.

Pero sabía que sus circuitos auditivos no captaban el menor sonido.

Era sólo un montón de plástico y metal que esperaba el momento de su lanzamiento a la chatarra.

Me arrastré por el túnel y alcancé la salida, situada a bastantes metros del calabozo. Sonreía al pensar en la sorpresa que recibirían por la mañana cuando fueran a buscarme para la ejecución.

Las estrellas brillaban en lo alto del firmamento. Busqué la Polar.

Era el norte. «Camina hacia el sur», me dije.

Dejando la estrella Polar a mis espaldas, empecé a andar.

* * *

Era un mundo de sensaciones nuevas para mí.

Flores, pájaros, árboles, corrientes de agua, animales en estado salvaje… un mundo de luz y colores que inundaba mis retinas artificiales y me producía una agradabilísima sensación de bienestar, como jamás la había percibido.

Mi batería estaba poco menos que nueva. Tenía carga para tiempo. Antes de que la agotase, encontraría al Hombre. Y si no, sabía cómo recargarla.

Caminaba sin prisas. De cuando en cuando, me detenía, no para descansar, sino para estudiar una planta, observar los movimientos de un animal, contemplar algún paisaje interesante… Todos los conocimientos adquiridos durante aquellos dos meses de lectura

continua, al menos en lo referente a la naturaleza, tomaban estado práctico.

A veces me preguntaba si Jaby había enviado guardias a perseguirme. No había visto ni uno sólo.

Ya llevaba dos semanas caminando apenas sin pausa. Calculé que, en aquel tiempo, habría recorrido unos mil kilómetros.

Hasta entonces, no había hallado el menor rastro de seres humanos. Por lo que yo sabía, evitaban cuidadosamente las aglomeraciones donde vivíamos los robots.

Era lógico, puesto que nosotros habíamos sido la causa de su exterminio. Pero en lo que a mí se refería, no sentía la menor animosidad hacia los humanos.

Todo lo contrario. Quería encontrarlos y ponerme a su servicio. Debían recuperar la preeminente posición que habían perdido muchísimos años antes.

Empecé a sentir impaciencia. Me desanimaba.

¿Era que no iba a encontrar jamás un ser humano?

Pasaron cuatro días más. Yo continuaba caminando incansablemente.

En cierta ocasión, me pareció divisar en las alturas un puntito brillante, que se movía describiendo lentos círculos. Situé los circuitos visuales en «largo alcance», pero aquel punto brillante se ocultó tras una nube y no volví a verlo.

¿Aparatos voladores?, me pregunté. En tal caso, ¿quién los había construido? ¿Los robots o los hombres?

De pronto, cuando menos lo esperaba, me encontré con el primer ser humano que contemplaban mis retinas mecánicas.

CAPÍTULO VIII

Estaba bañándose en un remanso del río. Tenía la piel de color canela claro y el pelo, negro, muy largo, le cala libremente por los hombros desnudos.

Un choque singular sacudió todo mi organismo robótico. Sin poder contenerme, di un par de pasos más y aparté los ramajes que me obstaculizaban la visión, con objeto de poder contemplar mejor la primera figura humana que captaban mis circuitos visuales.

Las ramas hicieron ruido. Ella se volvió y gritó.

—No tema —dije.

Era una joven muy hermosa. Inmediatamente, se agachó un poco, de modo que sólo asomara su cabeza fuera del agua.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿No sabe que es de mala educación espiar a una mujer cuando se está bañando?

Estaba indignada, pero no temerosa.

—Lo siento —dije—. Desconozco muchas costumbres de los humanos. Tal vez usted quiera instruirme al respecto. Soy un robot y mi nombre es Rado.

—¡Un robot!

La exclamación brotó explosivamente de sus labios. Casi sin saber qué hacía, se irguió, sacando medio cuerpo fuera del agua, pero en el acto, volvió a esconder el pecho, roja como una guinda.

—Un robot —repitió.

—Así es —confirmé.

—Es el primer robot que veo —dijo ella.

—Estamos iguales —sonreí—. Usted es el primer ser humano a quien contemplan mis circuitos visuales.

Ella parecía perpleja.

—Pues nadie lo diría. Yo hubiera jurado que era usted un hombre —manifestó.

—Estamos muy bien construidos —expliqué—. Le aseguro que no trato de causarle el menor daño.

—Me lo imagino —dijo la joven—. Oiga, Rado… o como se llame, haga el favor de apartarse un poco. Usted puede ser un robot, pero tiene todo el aspecto de un hombre. Y yo no estoy acostumbrada a que me contemplen en… ¡ejem! Usted ya me comprende, ¿no?

—Sí —contesté—. En ustedes, los humanos, hay un sentimiento que se llama pudor.

—Ni más ni menos —reconoció ella—. Apártese, ya le llamaré cuando esté vestida.

—Sí, señora.

Ella pareció asombrarse un poco de mi respuesta, pero no dijo nada. Yo me separé una veintena de metros de la orilla del río y aguardé.

La joven vino unos minutos más tarde. Era de aventajada estatura, muy esbelta, y cubría su cuerpo con unos trozos de tejido que no parecían en demasiado buen estado. Su hombro derecho quedaba al descubierto y el borde inferior quedaba a veinte centímetros de las rodillas. La tela tenía algunos rasgones, a través de los cuales podía verse su dorada epidermis. Sus ojos eran grandes, rasgados, .con pupilas intensamente negras.

En la mano derecha llevaba un largo palo, con la punta aguzada. Supuse que era un arma defensiva.

—Así que un robot —dijo.

—Sí, señora —contesté.

—¿Por qué «sí, señora»? En primer lugar, soy soltera. No estoy acostumbrada a los tratamientos y… bien, mi nombre es Laura Soares. Llámame Laura a secas, Rado.

—Lo lamento, no puedo. Usted es un ser humano. Yo debo darle el tratamiento correspondiente, señorita Laura.

Ella hizo una ligera mueca.

—Como quieras, Rado. ¿Te importa que haga una cosa? —preguntó.

—No. Estoy aquí para obedecerla a usted, como ser humano que es, y siendo yo una máquina.

—Un poco raro me parece todo esto, pero, en fin… Si tú lo dices…

Laura se me acercó y palpó con su mano izquierda mi antebrazo derecho. Debajo de la engañosa flexibilidad de mi piel de plástico, notó la dureza del metal.

—Una máquina, sí —murmuró—. Y muy perfecta, a juzgar por lo que estoy viendo.

—En la ciudad de que procedo, se construyen los robots con un máximo de perfección —dije, no sin orgullo.

—Lo estoy viendo —convino Laura—. De pequeña, solía escuchar muchas leyendas acerca de vosotros, los robots. Me agradará saber cuánto hay de realidad y cuánto de fantasía en esas leyendas.

—Tenemos tiempo de sobra —declaré—. Ese palo que lleva en

la mano derecha, ¿es un arma?

Laura sonrió.

—¿Un arma? Bueno, de alguna manera hay que llamarla. A veces me proporciona comida y a veces necesito defenderme.

—¿De los hombres?

Laura soltó una risita.

—Eso ocurría antiguamente, cuando había hombres y mujeres en abundancia. Al menos, así me lo decía mi abuelita —contestó—. Hace años que vivo sola —agregó melancólicamente.

—¿Qué le pasó a su familia?

—Murieron todos —repuso, ahora muy seria—. Hubo un incendio forestal. Ellos quedaron atrapados en el núcleo principal del fuego. Yo estaba pescando. Ni siquiera me chamusqué un pelo, Pero cuando se apagó el fuego, no pude encontrar el menor rastro de ellos.

—Tal vez se perdieron —apunté.

Laura movió la cabeza.

—No. Sabían adonde iba yo a pescar. Se hubieran reunido conmigo. —Agitó los cabellos—. Dejemos a un lado las cosas tristes. Ya no tienen remedio, Rado.

—Sí, señora.

—No me llames señora —dijo Laura casi irritada-mente—. ¿Por qué lo haces?

—Soy un robot y debo servirte —contesté.

—Bueno, si me quieres ayudar, no te lo impediré. Pero llámame Laura, simplemente.

—Puesto que me lo ordenas...

—¿Te lo ordeno? —preguntó ella, mirándome con curiosidad.

—Cualquier deseo de un humano es una orden para un robot —manifesté—. Estamos construidos para serviros y obedeceros.

Una ligera sonrisa apareció en los labios de Laura.

—Mira por dónde voy a tener un sirviente a partir de ahora —exclamó con acento jovial—. Rado, vivo sola y voy de aquí para allá, sin rumbo fijo, sin tener una vivienda ni nada que se le parezca. Donde puedo, busco mi comida y cuando me canso, duermo. Es una vida nómada, ¿comprendes?

—Puede que algún día consigas establecerte en un lugar fijo —opiné—. ¿Hacia dónde vamos ahora?

Laura tendió el brazo hacia el sudoeste.

—Hacia allí —decretó—. En este brazo de río, lo sé por experiencia, la pesca es escasa. A un par de horas de camino, conozco un remanso donde hay muchos peces.

—Muy bien —contesté sumisamente.

Rompimos la marcha. Laura caminaba a mi derecha con largas y fáciles zancadas. Su cuerpo, flexible como el de un felino, poseía la dureza y la agilidad que sólo se puede adquirir a través de largos años de una vida pasada al aire libre, en contacto íntimo con la naturaleza. Hablaba con aparente volubilidad, contenta y satisfecha de tener compañía, pero sus ojos perspicaces no perdían el menor detalle de cuanto nos rodeaba.

—He oído hablar de vosotros, los robots —me dijo al cabo de un rato—. Lo que no entiendo es cómo has llegado tan lejos de tu residencia habitual.

—No lo hice por gusto —respondí—. Tuve que escapar.

—¿Por qué? —preguntó—. Vosotros sois máquinas. Que yo sepa, no, debe haber disensiones entre vosotros.

Sonreí amargamente.

—Así debiera ser, pero la realidad es muy distinta —contesté—. Yo me escapé, primero, porque no quería ser destruido; segundo, porque no deseaba que nadie se adueñara de mi mente, y tercero, porque sabía que mi fin principal, el fin para el que fui creado, es servir a los humanos.

—Explícame —pidió Laura—. Tu historia debe de ser interesantísima.

—Con mucho gusto.

Estuve hablando largo rato. Laura me escuchaba en silencio, fascinada por todo lo que estaba oyendo. Cuando terminé, se quedó largo rato pensativa.

—Nunca creí que pudieran ocurrir tales cosas entre vosotros los robots —dijo al cabo—. ¿Qué piensas hacer ahora, Rado?

—No lo sé. Aún no he tomado una determinación. De momento, te he encontrado a ti.

—No has ganado mucho, que digamos —dijo, riendo nerviosamente.

—He ganado un amigo humano, creo —contesté en tono sentencioso.

—En eso puede que tengas razón —admitió Laura un tanto pensativa—. Seguiremos juntos, Rado. En efecto, creo que necesito un poco de ayuda.

—Sé muchas cosas. Cuando estés en un apuro, procuraré solucionarlo.

—Por ahora, mi único apuro es llenar el estómago —contestó Laura de buen humor—. En esta parte del bosque, no abundan los árboles con frutos comestibles. Sé dónde hay más, pero tienen dueño y ahuyentan a flechazos a los intrusos.

—¿Cómo? —exclamé, asombrado—. ¿Has hostilidad, entre vosotros, los humanos?

Laura hizo una mueca de amargura.

—Más de la que crees —respondió—. Nos hemos vuelto insolidarios, egoístas, preocupados sólo por nuestra supervivencia... —De pronto se detuvo, se levantó la raída falda de su vestido y me enseñó una larga cicatriz en la parte externa superior del muslo derecho—. Me lo gané el año pasado y suerte que la flecha no se me clavó en la carne.

—¿Por qué te atacaron?

—Tenía hambre y hacía dos días que no había comido. En aquel valle, los hombres han aprendido a cultivar la tierra. Un vigilante me vio cuando me disponía a comerme unos cuantos frutos y me tiró un flechazo. Caí al suelo y quiso rematarme.

—Pero no lo consiguió.

Laura se encogió de hombros.

—Resulté más fuerte que él —dijo.

Mis circuitos recibieron una anormal tensión de voltaje.

—¿Lo mataste? —pregunté con un hilo de voz.

—Era cuestión de sobrevivir, Rado —manifestó Laura sin inmutarse—. ¿Qué habrías hecho tú, en mi caso?

—Los robots, no...—Y de repente, me acordé de la horrible suerte corrida por Ossi. No sé si yo hubiera permitido que los policías me atacaran impunemente, sin poner al menos, por mi parte, todos los medios de defensa posibles.

Laura notó mi indecisión y se echó a reír.

—¿Lo ves? Yo no quería causar daño a nadie ; sólo quería un poco de comida. Me atacaron y me defendí, así de sencillo, Rado.

—Eso significa que los humanos habéis vuelto a lo que vuestra

historia llama Edad de Piedra.

—No sé qué pasó en esa edad ni me importa, pero sí sé una cosa: lucho para sobrevivir.

—Eres joven, Laura —dije—. Estás en edad de tener hijos. El fin principal de los humanos es la propagación de la especie.

Laura torció el gesto.

—Todavía no he encontrado la pareja a mi gusto —contestó—. Por ahora, prefiero vivir solitaria... y lo cierto es que los pocos hombres con quienes me he tropezado, no me gustaron en absoluto. Sucios, rudos, groseros... ya sé que nuestro género de vida no es para mostrarse refinados, pero hay un término medio que... ¡Ah, ahí está el remanso! ¡Cielos, qué hambre tengo!

Era humana, pero sus reacciones resultaban primarias, elementales. Lógico, dado el medio ambiente en que se desenvolvía.

Laura se situó a la orilla del remanso, metida en el agua hasta las rodillas y elevó ligeramente la mano con la que sostenía el venablo. Estaba absolutamente quieta, respirando muy despacio, con los ojos fijos en el agua.

El palo se disparó de pronto. Al salir a flote, tenía ensartado un hermoso pescado, que lanzó a la orilla con alegre sonrisa.

—Con un par de peces como éstos, solucionado el problema —dijo.

Tenía un pequeño cuchillo a la cintura y me lo arrojó también.

—Ve limpiándolo, Rado —pidió.

Era una tarea nueva para mí, pero la cumplí satisfactoriamente. Laura tenía razón; aquel remanso abundaba en pescado. Un cuarto de hora más tarde, había capturado otros dos peces, con lo que se dio por satisfecha.

Salió del agua y se apoderó de uno de los peces limpios. Sin más trámites, lo agarró con ambas manos y se lo llevó a la boca, dispuesta a hincarle el diente.

—¡Espera! —dije.

Laura me miró extrañada.

—¿Qué quieres, Rado? Tengo hambre...

—¿Es que te lo vas a comer crudo?

—No tengo medios de encender fuego —respondió—. Sólo cuando cae un rayo o pega fuego a un árbol... o cuando se produce un incendio en el bosque. Pero eso ocurre raras veces.

—Aguarda —pedí—. Yo procuraré que tengas fuego.

Laura me dirigió una radiante sonrisa.

—Rado, si es cierto lo que dices, entonces empezaré a pensar que he encontrado un amigo de veras —dijo.

—Sólo un servidor, Laura, nada más —contesté con humildad, pero sin servilismo.

CAPITULO IX

Las brasas despedían el calor justo para que los peces se dorasen tras el tiempo correspondiente, ensartados en una larga rama verde. Encender el fuego había sido cosa sencilla para mí.

Simplemente, había desprendido la parte exterior de uno de mis circuitos visuales, con todo cuidado, por supuesto, y como era una lente convexa por un lado y plana por otro, había concentrado los rayos solares sobre un montón de ramillas y hojas secas. El resto había sido sencillo.

Al cabo de un rato, retiré el asador. Los ojos de Laura relucían de satisfacción.

—Eres una joya, Rado —alabó.

Con todo cuidado, sacó uno de los peces y lo puso sobre una hoja verde. Sopló un poco y se dispuso a tirarle el primer bocado.

En aquel momento sonó una voz:

—¡Huelo maravillosamente a pescado asado!

La reacción de Laura fue instantánea. Dejó el pez en el suelo y se levantó de un salto, ya con la azagaya en su mano derecha.

Yo estaba arrodillado y me puse en pie también. Un hombre apareció ante nosotros, con la sonrisa en los labios.

Era un sujeto fornido, de unos treinta y tantos años, vestido con un simple calzón corto y cubierta su cabeza con un sombrero hecho de fibras entretejidas. Pendiente del hombro izquierdo llevaba una pesada bolsa del mismo material y en la mano derecha sujetaba algo que me pareció un bastón de metal, con un extraño mango en

el extremo.

—No des un paso —dijo Laura, levantando su venablo—. Si te mueves, considérate hombre muerto.

El recién llegado se echó a reír.

—¿Crees de veras que podrías derrotarme con ese simple palo? —exclamó, sin sentir el menor temor ante la amenaza proferida por Laura—. ¿Has oído hablar alguna vez de armas de fuego?

Yo sufrí una fuerte sacudida. ¡Un arma de fuego!

—No me da miedo tu carabina —manifestó Laura—. Puede que yo muriese, pero sé ensartar una pieza mayor a veinte pasos de distancia. Y tú estás más cerca.

—Vengo en son de paz —aseguró el hombre—, Me sentí atraído por el olor a pescado...

—¿De dónde procedes? —preguntó Laura.

El desconocido hizo un gesto con la cabeza, señalando aproximadamente su lugar de origen.

—¿Vienes del valle?

—Sí.

—Una vez, se me negó allí comida y, además, quisieron matarme —dijo Laura ceñudamente.

—Ah, conque tú eres la chica que mató a Ernest —dijo el hombre.

—No sé quién era ni cómo se llamaba —contestó Laura en tono arisco—. Sólo sé que quiso matarme y que me defendí. Tenía hambre; ¿tan pobres os ibais a quedar porque yo comiese unos cuantos frutos?

—Te aseguro que lo siento —dijo él con sincero acento—. De haber estado yo allí en aquel momento, las cosas hubiesen tomado un giro muy distinto.

Laura se encogió de hombros.

—Ya no se pueden rectificar —manifestó—. Está bien, siéntate y cómete un pescado. Me llamo Laura Soares —añadió.

—Perdón —dijo el hombre—. Debí haberme presentado desde un principio. Mi nombre es Kess Dubigan.

—Toma un pescado; si no te das prisa se enfriará...n. Ah —dijo Laura—, este que me acompaña es Rado. Un robot.

Kess se quedó perplejo.

—¿Un robot? —repitió.

—Vamos, el pescado se enfría —insistió Laura.

—Sí, un robot —confirmé—. Yo creía que los hombres ya no disponían de armas de fuego —dije.

—La encontré en una exploración que realicé hace pocos meses, en las ruinas de una ciudad no ocupada por vosotros, los robots. Me ha sido de gran utilidad, créeme —confesó Kess.

Se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, y empezó a comer.

Durante unos minutos, los dos humanos guardaron silencio. Al final, cuando ya sólo quedaban las espinas, Kess, sonriendo satisfecho, dijo:

—Laura, te doy las gracias por la comida. Me gustaría devolverte el favor, cazando una pieza para ti con mi carabina.

—Tengo un venablo y un cuchillo —respondió

ella—. Además, sé poner lazos y montar trampas. No necesito tu carabina, gracias.

—Como quieras. —Kess miró al cielo—. Pronto será de noche. Hoy ya no podré llegar a mi pueblo.

—¿Sois muchos? —pregunté.

—Unos cuatrocientos, entre hombres y mujeres. Y niños, claro— contestó Kess sonriendo—. Vivimos bastante bien y no podemos quejamos, aunque algunos echen de menos las ventajas que dicen tenía la antigua civilización.

—¿Los echas tú de menos? —preguntó Laura.

—Me conformo con lo que tengo y vivo feliz.

—¿ Eres casado ? —pregunté.

—No, todavía no —repuso Kess—. A mi vez, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Todas las que quieras —accedí.

—En primer lugar, ¿cómo es que estás aquí? Se me hace, muy extraño que un robot viva lejos de los suyos... ¿Se te ha desajustado algún mecanismo?

—Ellos dirían que sí —contesté.

—¿Ellos? —se extrañó Kess—. ¿Quiénes son ellos?

—Los miembros del C.O.M...., perdón, el Consejo Ordenador Máximo.

—Su gobierno —aclaró Laura, que ya conocía la historia.

—Es extraordinario —murmuró el hombre—. Cuéntame, por

favor.

Casi era de noche cuando terminé. De haber sido humano, hubiera tenido la boca seca.

Me levanté, reuní unas cuantas ramas y reavivé la hoguera. Las tinieblas se disiparon a nuestro alrededor.

Kess se acariciaba pensativamente la mandíbula.

—No sé qué hacer —dijo.

—¿A qué te refieres? —inquirió Laura.

—Creo que mi pueblo debería conocer la noticia —respondió él.

—¡Un momento! ¡Rado me pertenece! —dijo Laura en tono de advertencia.

—Nadie lo ha puesto en duda—convino Kess.

—Si piensas apoderarte de Rado por la fuerza olvídalo.

—Por favor —rogué—. No empecemos a disputar por cosas sin importancia…

—Tienen su importancia —declaró Laura casi furiosa.

—Está bien, está bien —dije—. Te pertenezco, puesto que tú me encontraste la primera. Procuremos, sin embargo, comportamos como personas… como dos personas y un robot —agregué sonriendo—. Laura, ¿piensas seguir siempre tu existencia solitaria?

—Pues… —Ella dudó un momento—. Por ahora no he encontrado nada mejor —contestó al fin.

—El hombre ha nacido para ser sociable —dije—. Excepcionalmente, puede vivir solo algún tiempo, bien de una manera voluntaria o bien debido a circunstancias externas, más fuertes que él. Pero no conviene, ni a su cuerpo ni a su mente, que el ser humano viva siempre en soledad.

—Tienes un pico de oro, Rado —alabó Kess, sonriendo.

—Estoy para servirte, Laura; y también para aconsejarte —continué—. Yo cumpliré tus órdenes, mientras que tú no estás obligada a cumplir las mías, cosa que, por otra parte, no se dará. Sin embargo, poseo la suficiente experiencia… teórica al menos —recordaba entonces mis vastas lecturas en la Biblioteca Pública—, para saber que lo que menos te conviene es seguir sola.

—Puede que tengas razón —admitió Laura meditabunda—. Pero hay un problema que resolver. ¿Adonde debo ir para abandonar definitivamente mi soledad?

Miré a Kess. No dije nada, pero fue suficiente.

—Creo —habló él, tras un ligero carraspeo—, que podrías venir conmigo al valle.

—¿Me admitiría tu pueblo? —preguntó ella.

—¿Por qué no? No eres el primer forastero que entra a formar parte de nuestra comunidad.

—Maté a uno de los vuestros, Kess, recuérdalo.

—Ése es un problema que podríamos resolver, no sin dificultades, pero lo lograríamos al cabo.

—Si me rechazan, me iré. Con Rado, naturalmente.

—Te aceptarán —prometió Kess.

—¿Eres tú el jefe de ese pueblo? —pregunté.

—No. Hay una especie de concejo, compuesto por siete personas, que es el que en nombre de todos, toma las decisiones que competen al bien común. Someteríamos tu ingreso, y el de Rado, a la decisión de ese concejo... y creo que lo aprobarían.

—Veremos —dijo Laura cautamente—. Iré, pero no insistiré dos veces si soy rechazada la primera.

—No está bien que lo diga, pero tengo cierto ascendiente en la comunidad —manifestó Kess—. Cada uno de nosotros tenemos nuestro cometido. Yo soy el explorador oficial. He realizado algunas acciones de mérito y me apoyaré en ellas para reforzar tu petición.

—Lo pides tú, no yo, que conste —señaló Laura orgullosamente —. Y Rado se quedará conmigo.

—Se quedará —afirmó él.

—¿En qué consiste tu cometido? —pregunté—. ¿Qué significa eso de explorador oficial?

—Estamos aislados. Hay otras comunidades de personas, a gran distancia. A veces, se producen ataques... y también tememos siempre un ataque de vosotros, los robots. Yo me alejo a varios jomadas del valle y recorro el terreno, examinando posibles huellas sospechosas, para dar aviso en caso necesario y darles tiempo a preparar la defensa.

—¿Cómo das aviso? —quiso saber Laura.

Kess sonrió.

—Fuego y humo —contestó.

—¿Es cierto que nos teméis a nosotros, los robots? —pregunté.

—Desgraciadamente, sí. Todavía se recuerda, aunque no de modo personal, la catástrofe que acabó con la humanidad... con casi

toda la humanidad.

—He leído la historia de lo que ocurrió. Algunos sobrevivieron para escribirla —murmuré.

—Entonces, sabrás que las máquinas llegasteis a alcanzar un poder tal, que llenas de orgullo, os creísteis superiores a los hombres y desencadenasteis la guerra que casi fue el exterminio de la raza humana.

—Lo sé. Eso pasó hace cientos de años, creo. Repruebo lo ocurrido, como puedes comprender. En cuanto a mí, ninguno de los dos debéis albergar el menor temor acerca de mis actos. Sé lo que soy y lo que me compete hacer: obedecer y servir al hombre.

Hubo un momento de silencio. Una rama crepitó en la hoguera.

Me levanté y busqué más leña. Desde lejos oí:

—Te aceptarán en el valle, ya lo verás.

Era Kess. Laura respondió:

—Siento un poco de miedo, debo confesarlo, pero si me apoyas tú…

Sonreí satisfecho. Mi idea empezaba a fructificar.

Cuando regresé, Laura y Kess permanecían silenciosos. Estaban mirándose a los ojos y su actitud me hizo frotarme las manos de gusto. Mentalmente, desde luego.

A la mañana siguiente, emprendimos el camino hacia el valle.

CAPITULO X

Durante el camino, me pareció ver, en alguna ocasión, un puntito brillante que daba vueltas en lo alto del cielo. Sin conceder mayor importancia al hecho, seguí andando detrás de los dos humanos, que parecían haber congeniado extraordinariamente.

Dos días después, alcanzamos la cima de una montaña, desde la cual se divisaba un panorama extraordinario.

Un anchuroso río surcaba el valle en toda su extensión, perdiéndose a lo lejos en la dorada neblina del horizonte. El valle

alcanzaba a todo cuanto llegaba la vista.

—Ahí vivo yo —dijo Kess con justificado orgullo—. Con mis padres y tres hermanos menores. Todos son agricultores, menos el segundo, que se cuida, con otros, del ganado de la comunidad.

Aumenté la potencia de mis circuitos visuales. Vi cuadros de tierras cultivadas, senderos, árboles bien cuidados, cabañas de construcción rústica, pero hechas con cierto esmero, edificios mayores que parecían almacenes, corrales para el ganado… Un pueblo pequeño, parecido grandemente a los que yo conocía por mis lecturas.

Había la suficiente separación entre las cabañas rara no sentir agobios de espacio. Aquí y allá se elevaban al cielo algunas columnas de humo, que señalaban cocinas en actividad.

—Muy hermoso —alabé.

—Ya lo conocía —dijo Laura—. ¿Cómo se llamara el hombre que me atacó?

—Ernest, Ernest Tickens.

—Lo siento. Él no me dejó otra opción.

Kess la agarró por un brazo.

—No te preocupes. Ha pasado un año ya. Su viuda se ha vuelto a casar.

—Lo ha olvidado pronto —comenté, mientras emprendíamos el descenso.

—Hacía poco que se habían casado. Cuando pasó cierto tiempo y se vio que no iba a tener descendencia, se le aconsejó que tomase un nuevo esposo.

—Vaya —resopló Laura—. Por lo visto, queréis repoblar el mundo rápidamente. Pero tú estás soltero.

—Algún día me casaré —sonrió él—. La verdad, con mis continuas correrías, no he tenido mucho tiempo para pensar en el matrimonio.

—Debieras haberte casado. Cada vez que volvieses de uno de tus viajes de exploración, tu mujer te aguardaría en la puerta, con las zapatillas en la mano y la chimenea encendida—dije.

—Eso sólo pasaba en las novelas —exclamó Kess.

—Volverá a pasar —aseguré.

—¡Hum! —dijo él dubitativamente.

Media hora después, alcanzamos la frontera de la zona de

sembrados. Alguien, escondido prudentemente, lanzó un grito:

—¡Alto ahí! ¡No sigáis adelante!

Kess alzó la mano en señal de paz y contestó:

—¿Eres tú, Basil? No temas. Soy Kess Dubigan y vengo con estos amigos.

Un hombre surgió de unos arbustos cercanos. Vestía más o menos como Kess y tenía en la mano un arco, con la flecha a punto de ser disparada.

—Te conozco, Kess —dijo el centinela—. ¿Quiénes son ellos?

—La mujer se llama Laura. Él es Rado —contestó Kess, sin dar más explicaciones. Y añadió —: Respondo de ellos.

—La responsabilidad es tuya, en efecto —convino Basil—. ¿Qué es eso que llevas en la mano? —preguntó intrigado.

—Un arma de fuego. Funciona —sonrió Kess.

—He oído hablar de armas de fuego, pero nunca había visto una —manifestó el centinela—. Me das envidia, Kess.

—Hay más donde encontré ésta. Pero no podía venir muy cargado; necesitaba rapidez de movimientos.

—Comprendo —dijo Basil.

—Propondré al concejo organizar una expedición para traer armas de fuego y municiones. Tal vez a ti te corresponda una entonces.

—Me gustaría tenerla, en efecto. Bien, seguid adelante. Me alegro de tu vuelta, Kess.

—Gracias, Basil. ¿Vamos?

Reanudamos la marcha por un sendero sombreado por árboles. Había huellas de rodadas en el suelo, lo que me indicó que aquella comunidad había progresado notablemente, después de un largo período de tinieblas.

Pronto alcanzamos las primeras casas del poblado. La gente salía a las puertas para contemplarnos con curiosidad. Abundaban las mujeres y los niños. Supuse que los hombres debían de estar en sus ocupaciones, como así era, efectivamente.

Minutos más tarde, Kess se detuvo ante una cabaña de grandes dimensiones. Tenía dos pisos y una larga veranda corría a todo lo largo de tres de sus fachadas. Era rústica, pero daba la sensación de ser sólida y confortable.

Una mujer de edad apareció en la puerta. Era la madre de Kess,

quien lo acogió con moderadas efusiones. Kess nos presentó luego a Laura y a mí. La señora Dubigan abrazó afectuosamente a Laura y me contempló con curiosidad.

—Un robot, ¿eh? Hijo, es la cosa más extraordinaria que te has traído de tus correrías.

—Yo me he limitado a traerme a Laura —sonrió él—. Rado le pertenece a ella.

—Es lo mismo —contestó la mujer—. Entrad, por favor. Los demás, están en sus ocupaciones... salvo las muchachas.

Las muchachas eran las esposas, de los tres hermanos de Kess. Todas eran jóvenes y de agradable apariencia. Dos tenían sendos chiquillos en brazos. La tercera ofrecía señales de una próxima maternidad.

Kess habló con todas, mientras yo contemplaba aquella escena familiar, con el circuito de la emoción al máximo de voltaje. A poco, vino el padre de Kess y luego, sucesivamente, fueron apareciendo sus tres hermanos.

Las mujeres pusieron la mesa para la cena. Laura, tímida, permanecía sentada. Era como entrar en un mundo nuevo y desconocido para ella.

La muchacha cenó con visible torpeza. Hacía tiempo que había perdido la costumbre de usar los cubiertos y las manos se le escapaban muchas veces hacia las tajadas del plato. Los Dubigan, comprensivos, no quisieron corregirla, confiando en que el tiempo mejoraría sus modales.

Después de cenar, hubo una especie de consejo de familia.

—Kess —dijo el señor Dubigan—, creo que conseguiremos que se acepte que Laura entre a formar parte de la comunidad. Algo más nos costará lo de Rado. ¿Quién lo sabe por ahora?

—Nadie, a parte de nosotros —contestó Kess—. Tiene toda la apariencia de una persona y yo no he mencionado en absoluto que es un robot.

—No podemos tenerlo en casa, sin manifestar la verdad. Si ocultásemos su verdadera condición, acabaría por saberse con el tiempo. Sería peor entonces.

—Si no aceptan a Rado, me iré con él —declaró Laura una vez más.

—¿Dejarías la compañía de tus iguales por seguir un robot? —se

extrañó Juan, el hermano menor de Kess.

—Yo la seguiría a ella, si se me permite hablar —dije.

—Ese caso no se ha dado todavía, así que no lo discutamos —habló el patriarca de la familia Dubigan—. Una cosa hay cierta: tendremos que vencer muchos prejuicios. Son casi dos siglos de odio continuo a los robots y eso no se borra en un día.

—Y no olvidemos, además, que hay familiares de Tickens que tendrán algo que decir de Laura —intervino Roberto, otro de los hermanos de Kess.

—¡Fue legítima defensa! —protestó Laura.

—Tickens defendía los sembrados —murmuró pensativamente el señor Dubigan:

—Yo tenía hambre. ¿Debe matarse a una persona sólo porque robe lo necesario para subsistir?

La discusión amenazaba con eternizarse. Kess la zanjó fácilmente:

—Es una tontería que nos preocupemos por algo que no ha sucedido todavía. Mañana se reúne el concejo en la plaza pública y, como de costumbre, he de informar de mis correrías. Entonces será llegado el momento de plantear la situación y adoptar decisiones.

—Tienes razón, hijo —concordó el patriarca—. Hemos trabajado duramente y necesitamos descansar. Mañana se resolverá todo, en un sentido u otro.

La reunión se disolvió. Los matrimonios jóvenes fueron desapareciendo sucesivamente, rombo a sus dormitorios. La señora Dubigan indicó a Laura su alojamiento.

Luego regresó al comedor.

—Kess —dijo.

—Dime, madre.

—Te he visto mirar mucho a esa chica.

—Sí, es cierto.

—¿Qué harás, si no la aceptan en la comunidad?

Yo conocía ya la respuesta. Pero no me habían formulado ninguna pregunta, así que me abstuve de decir nada.

—En ese caso, madre, le pediría que me permitiese acompañarla —contestó Kess.

Su padre movió la cabeza afirmativamente.

—Eres el primogénito y permaneces soltero todavía. Ya es hora

de que fundes una familia —dijo.

—Depende de la respuesta de Laura —sonrió Kess.

Su madre le puso la mano en el hombro.

—¿La quieres, hijo?

—Sí, madre.

—Entonces, no se hable más. Si ella te acepta, hazla tu esposa y vive a su lado, dondequiera que sea.

—Pero creo que la dejarán permanecer aquí —afirmó Kess—. No me gustaría hacer presión; sin embargo, si la decisión del concejo es negativa, les plantearé el dilema.

—¿A qué te refieres, Kess? —le preguntó su padre.

Kess dio la respuesta. El señor Dubigan asintió.

—No es mala idea —admitió—. Puede que dé resultado. Queda, sin embargo, el problema de Rado.

—He hablado mucho con él —dijo Kess—. Tiene una cantidad de conocimientos como nosotros no poseeremos en el resto de nuestros días. Resultaría tremendamente útil para la comunidad.

—Sin falsa modestia, así es —aseguré.

El señor Dubigan me miró.

—Nunca creí hospedar a un robot en mi casa —dijo—. Mi abuelo, cuando yo era pequeño, me hablaba de vosotros como si fuerais el mismísimo demonio.

—Algunos lo son —sonreí.

—Fuisteis los causantes de nuestra catástrofe.

—En la medida de mis modestas fuerzas, trato de reparar aquel daño. Sólo unos pocos podrán beneficiarse de esa reparación, pero creo que, a la larga, se alegrarán de mi ayuda. Yo sé perfectamente que debo ayudar y obedecer a los humanos y jamás se me ocurrirá creerme superior a ellos.

—Lo malo es que lo eres —murmuró tristemente el señor Dubigan.

—No —contesté—. Una máquina, por perfecta que sea, nunca puede ser superior a un humano. El humano es la obra más perfecta de la Creación, semejante al Todopoderoso, y todas las cosas de la Tierra, seres vivos, plantas y minerales, le pertenecen y deben servirle para su existencia.

—Parece como si hubieses leído la Biblia —observó la señora Dubigan.

—Así es —contesté sonriendo—. Por eso he dicho lo que acaban de escuchar. Deseo ayudarles y servirles; déjenme quedarme con ustedes.

—Rado, la decisión final no depende exclusivamente de nosotros. Haremos lo que podamos —me recordó el señor Dubigan.

—En otro caso —sonrió su esposa—, sólo tendrás que ayudar a dos humanos.

Tosí discretamente.

—Ya alguno más... con el tiempo, claro —dijo en tono lleno de malicia.

Los trabajos se suspendieron al día siguiente un poco antes de lo acostumbrado.

Casi toda la población se había reunido en una especie de plaza, amplia y despejada, situada en el centro del conjunto de edificios. Una especie de estrado servía para que se situasen en lugar algo más elevado los siete miembros del concejo que regía los destinos de la comunidad, entre los cuales figuraban dos mujeres de mediana edad.

Los asistentes habían formado un semicírculo en torno al estrado. Kess, Laura y yo quedábamos algo separados de las primeras filas, en donde se hallaban todos los componentes de la familia Dubigan.

Un hombre que desempeñaba las funciones de ujier o algo parecido, se adelantó y exclamó:

—¡Oíd todos! ¡El concejo está reunido! ¡Va a procederse a la recepción del informe de Kess Dubigan, explorador!

El presidente del concejo agitó una mano.

—Habla, Kess —invitó.

Kess relató lo que había hecho durante sus meses de ausencia. Fue claro y, al mismo tiempo, sucinto. A más de uno vi brillar los ojos, excitado por el relato de sus aventuras. Indudablemente, se trataba de gente inquieta, no demasiado conforme con su apacible existencia en el valle.

Las palabras de Kess fueron escuchadas con religioso silencio. Al terminar, el presidente, dijo:

—Tomamos nota de tu informe, Kess; y a su debido tiempo, se comunicarán las decisiones adoptadas en relación con el mismo. Ahora tenemos entendido que tienes algo más que manifestamos.

—En efecto —contestó el joven—. Esta mujer que hay a mi lado se llama Laura Soares. Va a ser mi esposa. Quiero que se le conceda el permiso de residencia en esta comunidad.

Laura se agitó, sorprendida. Creo que era la primera vez que conocía públicamente los propósitos de Kess. Y yo, que no soy tan mal psicólogo como pueda parecer, me di cuenta de que el panorama no le desagradaba en absoluto. A fin de cuentas, Kess era un buen mozo... hábil, inteligente y valeroso, y lo que vale más, decente y honesto.

Ella no tuvo tiempo de decir nada. Kess continuaba hablando:

—Y también pido permiso para que Rado, éste que está a mi izquierda, resida con nosotros. No quiero engañar a nadie y creo que es mi deber informar que Rado es un robot.

CAPITULO XI

Como se decía en las novelas antiguas, un rayo que hubiese caído en aquel momento, no habría causado mayor asombro que las palabras que Kess acababa de pronunciar.

Durante unos instantes, reinó un estupefacto silencio en la plaza.

Luego empezaron los gritos. ¡Y qué gritos!

—¡No queremos robots con nosotros!

—¡Odiamos a los robots!

—¡Que se vaya!

—¡Fuera o lo apedreamos!

—¡Fuera, fuera, fuera...!

—Somos humanos, somos humanos, somos humanos...

El griterío era ensordecedor. Decenas de puños se alzaron amenazadores hacia nosotros.

En honor a la verdad, debo decir que ni Kess ni Laura mostraron signo alguno de temor. Los hermanos de Kess, magníficamente unidos, avanzaron unos pasos, dispuestos a defenderle si era necesaria.

El presidente del consejo se alzó. Agitó las manos y, al cabo, consiguió restablecer él silencio.

Miraba a Kess con enojo.

—Es una petición realmente insólita —habló en tono de reproche—. Tus méritos son muchos, pero no creo que alcancen a conseguir lo que has solicitado.

Kess apretó los labios.

—Durante diez años he hecho de explorador, porque se me ordenó y no repliqué —contestó—. Podía estar casado, tener ya una familia y vivir aquí, tranquilamente y sin correr riesgos. He estado a punto de morir veinte veces y he salvado a la comunidad de la destrucción en tres ocasiones. No es exagerado, pues, lo que pido.

—Opinamos de distinta manera, aunque todavía no hemos adoptado una decisión final —dijo el presidente—. Sin embargo, aunque la comunidad delegó sus poderes en nosotros, tampoco podemos dictar resoluciones que estén en desacuerdo con los deseos de la mayoría.

—Muy bien —aceptó Kess—. Parece ser que eso se refiere a Rado. Pero no se me ha dado ninguna respuesta acerca de Laura.

Alguien se adelantó coléricamente.

—¡Esa mujer mató a Ernest Tickens! ¡Yo la vi cuando escapaba! —acusó a voz en cuello—. Estuve a punto de alcanzarla, pero...

—¿Eres familiar de Tickens? —preguntó Kess—. ¿Dónde están sus padres? Ellos son los únicos que pueden oponerse... y Tickens la atacó sin previo aviso, sólo porque Laura tenía hambre y había robado unos frutos comestibles. ¿No es obligación de un centinela procurar arrestar a los extraños, en lugar de atacarles sin previo aviso?

El acusador se retiró, confundido.

—Que hablen los padres de Tickens —decretó el presidente.

Dos persona de edad madura se adelantaron.

—Kess tiene razón—dijo el hombre—. Sentimos la muerte de nuestro hijo, pero arrojar a esa extraña de aquí no le devolverá la vida.

El presidente se volvió y habló con sus colegas. Luego se dirigió a Laura:

—Se te acepta como miembro de la comunidad —dijo—. El robot, sin embargo, será destruido.

¿Era que todo el mundo se empeñaba en convertirme en chatarra?

Kess dio un salto hacia delante.

—Rechazo esa decisión —gritó.

—¡Y yo! —se le unió Laura—. ¡No quiero quedarme aquí a ese precio!

—¡No permitiremos que se destruya a Rado! —vociferó a coro el resto de los Dubigan.

—Presidente —dijo Kess, apuntándole con el dedo—, he traído una carabina. Sé dónde hay centenares más, todas en perfecto estado de conservación, y millares de cartuchos. No diré una palabra de ese lugar, si se rechaza a Rado.

—¡Al robot no se le rechaza, se le destruye! —gritó una de las mujeres del concejo.

La cosa empezaba a ponerse fea. Los puños se movían cada vez más hacia nosotros.

Laura tiró de repente de mi mano.

—¡Vámonos, Rado! —dijo—. Creí que habría llegado a una comunidad civilizada, pero veo que aquí sólo hoy salvajes.

—¡Espera un poco! —pidió Kess.

Laura le miró con ojos llameantes.

—No. Me voy —dijo con voz firme.

—Yo me iré contigo…

Di un paso hacia él, ajeno al tumulto que reinaba a nuestro alrededor.

—Kess, hasta que llegamos nosotros, vuestra comunidad permaneció siempre unida —dije—. No te conviertas en el elemento de discordia que rompa esa unidad. Lo peor que puede sucederle a los humanos es dejar que las disensiones se apoderen de ellos. No lo consientas nunca. Vale mas ceder un poco, porque la ganancia será mayor a la larga, aunque de momento la pérdida parezca elevada. Nos iremos y el problema quedará solucionado.

Kess me miró un instante y luego fijó los ojos en el rostro de la muchacha.

—Laura…

—Rado ha hablado sensatamente —contestó ella. Luego se volvió hacia el presidente—. Rado es mío y si vosotros tenéis derecho a rechazarme, cosa que no discuto, os niego, en cambio, el

derecho de destruir una cosa que es de mi propiedad. Yéndonos de aquí, el resultado será el mismo que si lo destruyerais.

La resuelta actitud de Laura pareció impresionar a los miembros del concejo. Deliberaren un poco entre sí y al cabo, el presidente, después de levantar los brazos para imponer silencio, dijo:

—Accedemos a tu petición. El robot no será destruido. Sin embargo, habréis de abandonar el poblado inmediatamente.

La señora Dubigan se adelantó:

—No se irán sin que antes les haya proporcionado yo algo de comida y algunos artículos necesarios para su supervivencia. Acatamos tu decisión, pero no nos puedes negar esto que te pedimos. Y, si como ha dicho Rado, debemos permanecer unidos, sólo pensando en ello los Dubigan seguirán fieles a la comunidad que tan mal nos paga cuanto hemos hecho en su favor.

Y Kess dijo:

—Diez años he sido explorador. Nunca me quejé de riesgos ni penalidades, nunca solicité nada como recompensa a mi labor. Resulta triste ver que la primera vez que pido algo, se me deniega de una manera humillante. Presidente, a partir de ahora, busca otro explorador. Los campos de los Dubigan necesitan mis brazos.

La madre de Kess alargó la mano hacia Laura.

—Ven, hija —rogó—. Y tú también, Rado.

Cruzamos las filas de espectadores, que se abrían a nuestro paso, en medio de un hondo silencio.

Creo que muchos de ellos sentían simpatía hacia nosotros, aunque no se atrevían a expresarla de modo público. Sin ser molestados en absoluto, llegamos a casa de los Dubigan, escoltados por la familia en peso.

La madre preparó comida en abundancia para Laura y le dio, además, un vestido de repuesto. Yo me encargué de llevar los paquetes.

Kess vino con un objeto en las manos.

Era su carabina.

—Laura, te he enseñado a manejarla. La necesitarás —dijo.

Los ojos de la muchacha se humedecieron.

—¡Oh, Kess! ¿Y tú?

—Sé dónde encontrar más —sonrió él. Se volvió hacia mí—. Rado, gracias por tus consejos.

—Aquí te necesitan —contesté—. Necesitan a un hombre sensato y prudente que rompa viejos prejuicios. Hay muchas mentes anquilosadas; procura actualizarlas.

—Lo conseguiré. —Miró a Laura—. Un día iré a buscarte.

—Si me encuentras...

Kess sonrió.

—Tengo experiencia en seguir rastros —contestó.

Y así, tras una amarga despedida, salimos de aquel valle donde habíamos pensado encontrar la felicidad,.

En lo que a mí se refería, había huido de mis congéneres, los robots.

Los humanos me habían expulsado.

En resumen, era un paria. Perseguido por unos y odiado por otros.

Sólo tenía algunos amigos fieles. Pero eran minoría.

¿Lograría Kess vencer algún día aquellos prejuicios?

La respuesta era sencilla: había que dejar transcurrir el tiempo.

Y esperar.

* * *

Pasaron dos semanas.

Laura había adelgazado en los primeros días, pero no había tardado en recuperarse.

Echaba de menos a Kess, saltaba a la vista No obstante, la vida selvática que llevábamos le obligaba a concentrar la mayor parte de sus pensamientos en la supervivencia.

En dos semanas hizo grandes progresos con la carabina. Kess le había entregado un millar de cartuchos, con los cuales cargaba yo, de modo que él problema de municiones apenas existía.

Por otra parte, yo procuraba instruir a Laura. Su ignorancia era grande, cosa lógica, pero no era culpa suya.

Subsanaríamos juntos aquel defecto. Su ansia de aprender era muy grande y su mente poseía una receptividad extraordinaria.

Aprendió a leer y escribir. Yo le recitaba, a veces, trozos enteros de libros cuyo contenido estaba guardado en mis circuitos memorísticos. Ella escuchaba en silencio, sin perderse una sola de mis palabras.

Tres meses más tarde, empecé a pensar en la conveniencia de acercarme subrepticiamente al valle. Me parecía oportuno conocer el. estado de la obra que Kess había debido de desarrollar sin duda entre sus convecinos.

Para no alarmar a Laura, se lo consulté. A fin de cuentas, yo debía obedecer sus órdenes. Acaso no le sentaría bien quedarse sola.

Ella vaciló.

—¿Lo crees conveniente?

—No estaría mal saber algo al respecto —contesté.

—Bien..., pero yo iré contigo.

—¿Quieres ver a Kess nuevamente?

Laura enrojeció.

—Sí —dijo con un hilo de voz.

—Me parece que no hiciste un buen negocio quedándote conmigo. Kess es un humano, yo uh robot.

—Rado, es hora ya de que los humanos venzan sus prevenciones hacia vosotros, los robots. Manteniéndose cada uno en su sitio, no habrá...

Laura se interrumpió de pronto. Un crujido de ramajes acababa de producirse a poca distancia.

—Viene alguien —dijo, poniéndose en pie de un salto, con la carabina en las manos.

Escuchamos sonidos de voces. Alguien dijo:

—¡Éste es el camino! ¡El observador aéreo ha indicado que la comunidad de humanos está en esta dirección!

¿Tiene un robot circuito de espanto? El mío, en tal caso, estuvo a punto de fundirse.

Quienes así hablaban eran mis congéneres. Robots, en suma.

CAPITULO XII

Laura y yo permanecimos inmóviles en los primeros momentos. Luego, la muchacha, reaccionando valerosamente, se lanzó hacia

delante, empuñando la carabina con mano firme.

—Cuidado —advertí, situándome junto a ella—. No cometas imprudencias.

Nos arrodillamos junto a los arbustos y separamos los ramajes un poco. Laura dejó escapar una exclamación de asombro. El mío no era menor.

El terreno, delante de nosotros, era relativamente despejado. Por dicha razón, alcanzábamos a ver con toda facilidad la larga columna de robots que formados de tres en fondo, caminaban con paso acompasado en la dirección que acabábamos de escuchar.

Eran unos quinientos, al mando de alguien que debía de tener rango de oficial, a juzgar por las divisas de sus hombreras, de un diseño como yo no había visto nunca en las ilustraciones de mis lecturas. Aquellos robots habían sido provistos de una especie de uniforme militar y, por lo que pude apreciar, estaban organizados en compañías, secciones y pelotones, con sus respectivos oficiales y sargentos.

Era una expedición guerrera, no cabía la menor duda. Extrañamente, no llevaban fusiles.

Todos iban armados con rociadores de ácido. El tipo que vi era distinto del usado contra Ossi, lo cual me hizo sospechar que su alcance podía ser muchísimo mayor.

El batallón desfilaba delante de nosotros, a unos cincuenta pasos. Su comandante, tras escuchar algo en un aparato que llevaba en la mano y que supuse sería un receptor de radio, reanudó la marcha seguido inmediatamente por sus quinientos soldados-robots.

Aquellas palabras que habíamos oído me revelaron algo que hasta entonces me había parecido enigmático: el puntito brillante que daba vueltas en el cielo.

«El observador aéreo», había dicho alguien; y no cabía la menor duda que había unos robots explorando el terreno desde las alturas.

La comunidad había sido localizada. Cuando los robots la encontrasen, sería arrasada con todos cuantos se encontraban en su interior.

—¿Qué podrán hacer los palos y las flechas contra esos seres? —murmuró Laura, como si adivinase mis pensamientos—. Rado, ¿qué son esos artefactos que llevan a la espalda?

—Lanzadores de ácido corrosivo —contesté. Y le expliqué su

utilidad y la forma en que actuaban.

Laura se estremeció.

—Van a la aldea. Nos rechazaron, pero no puedo consentir que unos seres humanos, padezcan a manos de unas máquinas.

Y alzó su carabina, pero antes de que tomase puntería, puse mi mano sobre su brazo.

—De aquí a la aldea hay, por lo menos, cuatro jornadas de marcha, al paso que llevan ellos —calculé—. Como has podido apreciar, no caminan con demasiada rapidez.

—Sí, es cierto. ¿Por qué, Rado?

—También nosotros, los robots, aunque seamos máquinas, necesitamos de lo que se llama entrenamiento. En nuestra aglomeración de la ciudad no se hace demasiado deporte.

—¿Y…?

—No les enfrentes directamente —aconsejé—. Hostígales sin dar la cara. Lanza la piedra y esconde la mano. Que conozcan los resultados, pero no el origen de lo que les sucede. ¿Comprendes?

Laura asintió. Levantó de nuevo la carabina, pero, de pronto, vi que se resistía.

—Vamos —murmuré —, ¿qué te pasa?

—Me parecen... humanos...

—Son máquinas. ¡Tira!

Laura apretó los labios. Tomó puntería y disparó.

La detonación resonó largamente bajo los árboles. Un robot se tambaleó y cayó al suelo.

—No te molestes en apuntar demasiado —aconsejé—. Una bala en el cuerpo es suficiente.

Ella asintió. Hizo fuego de nuevo y otro robot rodó por tierra.

Los robots estaban desconcertados. Laura tiró por tercera vez, consiguiendo un nuevo blanco.

La columna se detuvo. Los oficiales corrían abajo y arriba, sin saber qué hacer. Se oían gritos y voces destempladas.

—Tira a los oficiales —murmuré.

Laura disparó dos veces más. Luego, de pronto, vimos que se reunía un numeroso grupo al mando de un oficial y que se disponía a cargar.

—No podrías con todos y te quemarían viva con el ácido —dije —. ¡A correr!

Laura no se hizo repetir el consejo. Nos pusimos en pie y emprendimos una huida precipitada, que engañó bien pronto a nuestros torpes enemigos, poco acostumbrados a moverse por aquellos terrenos.

Nos imaginábamos la rabia que debía haberse apoderado del jefe de la columna al ver que había sufrido unas cuantas bajas, sin hallar al autor de los disparos. Sin dejar de correr, Laura, con el rostro encendido, se sentía satisfecha y sonreía.

—Tenías razón, Rado; tira la piedra y esconde la mano. ¿Qué haremos ahora?

—Sígueme —contesté—. Te llevaré al sitio conveniente.

Laura llevaba muchísimos años viviendo en la selva. Su resistencia era inagotable.

En cuanto a mí, soy una máquina y teóricamente, no debo fatigarme, y no me fatigué en aquella ocasión, por supuesto, pero es que, además, los meses que llevaba junto a Laura, me habían conferido un entrenamiento que me resultó utilísimo.

A fin de cuentas, una máquina funciona muchísimo mejor cuando, después de construida pasa por un inevitable período de ajuste de sus piezas, que es cuando terminan de encajar correctamente. Eso me pasaba a mí y, junto a Laura, corría que me las pelaba.

Nos adelantamos a la columna, pero, al mismo tiempo, describimos un gran semicírculo, lo que nos llevó horas más tarde a situamos en el flanco opuesto. Cuando llegó el momento, Laura, antes de que los robots iniciasen su reacción, les causó cinco bajas más.

Luego echamos a correr de nuevo. A la caída de la tarde, realizamos el tercer ataque. Las bajas, en esta ocasión, fueron siete.

Laura y yo desaparecimos misteriosamente, antes de poder ser localizados. Escuchamos los coléricos gritos del comandante de la columna, impartiendo órdenes a los soldados, pero el bosque se nos tragó sin que pudiéramos ser encontrados.

Una hora más tarde, Laura, agotada, se dejó caer al pie de un árbol. Era fuerte, pero nos habíamos movido sin parar durante todo el día y esto se tenía que notar a la fuerza.

—¿Cuándo llegarán al valle, Rado?—preguntó.

—Dentro de unos tres días —contesté.

—Pero la distancia...
—Los robots no necesitamos descansar, Laura.
Ella me miró con expresión horrorizada.
—¿Quieres decir que seguirán caminando sin cesar, día y noche, hasta que lleguen al valle?
Algo sacudió mis circuitos. Era cierto; los atacantes caminarían sin descanso.
—¡Rayos! —exclamé—. ¡No me había dado cuenta!
Laura estaba alarmadísima.
—Tenemos que hacer algo, Rado. Si los robots alcanzan el valle, se producirá una matanza.
Se puso en pie.
—Vamos, Rado, tenemos que seguir.
Observé en su rostro señales de agotamiento.
—Así no puedes seguir. Tienes que descansar —dije.
—Rado, una hora sólo que esté quieta, servirá para que los robots nos adelanten cuatro o cinco kilómetros. Imagínate ahora que nos estamos quietos hasta que amanezca. ¿Qué ventaja nos sacarán?
Ella tenía razón. Agarró de nuevo la carabina y se dispuso a emprender la marcha.
—Espera —llamé.
—Yo también soy un robot y no me canso. Ven, te llevaré a hombros.
—No soy una pluma —sonrió ella.
—Vosotros, los humanos, nos construisteis a conciencia —dije.
Laura aceptó mi proposición. Instantes más tarde, acomodada a horcajadas sobre mis hombros, emprendíamos la marcha.
Caminé toda la noche, sin detenerme un instante. Al amanecer, hicimos un pequeño alto y encendimos un pedazo de bosque. Tal vez pudieran ver la humareda desde el valle.
Había hecho buen tiempo y no parecía lógico que se hubiesen producido tormentas. Kess no dejaría de extrañarse del humo y empezaría a investigar.
Entonces era muy posible que se encontrase con nosotros. Le pondríamos al corriente de lo que sucedía.
A media mañana, sostuvimos un nuevo encuentro con los robots. Antes de que pudieran darse cuenta de lo que sucedía, ya habían

perdido cuatro o cinco unidades.

Dos días más seguimos en este plan, hostigándolos continuamente, pero sin que desistieran de sus propósitos. Sus pérdidas alcanzaban a unos cuarenta robots, lo que no les impedía seguir adelante con tozudez propia de una máquina.

Parecían una migración de animales movidos por un oscuro instinto, a los cuales no importan los muertos que van quedando en el camino. Yo empezaba a sentir cierto desajuste en mis circuitos.

—Esto no puede seguir así, Rado —dijo Laura, cuyos ojos estaban rodeados de unos círculos violáceos, debido al cansancio que sentía—. Pronto tendremos el valle a la vista y los robots lanzarán entonces su ataque definitivo.

—No sé qué hacer —contesté—. La verdad es que el tema de la estrategia militar no fue cosa que me llamase demasiado la atención cuando iba a leer a la Biblioteca Pública. Y todavía quedan más de cuatrocientos cincuenta, suficientes para causar el exterminio de cuantos humanos habitan en el valle.

Estábamos en una eminencia, desde la cual se descubría una gran extensión de terreno. Al pie de la misma, a unos trescientos metros de distancia, se veía desfilar la columna de robots, silenciosos, impasibles, dando la sensación de que no había fuerza humana que pudiera detenerles.

El batallón tenía que describir una gran curva y pasar bajo unos peñascos situados cerca del lugar donde nos hallábamos, los cuales estaban a unos quince o veinte metros de altura sobre el camino que seguían los robots. Agachada, Laura se dirigió a las rocas, con objeto de buscar un lugar adecuado para su siguiente ataque.

Yo la seguí y me tendí en el suelo. La columna pasaría pronto por debajo de nosotros.

—Dispara al comandante —indiqué—. Puede que así consigas más que si abatieras a cuatro o cinco.

Laura tomó puntería con todo cuidado. Ya oímos el rumor de centenares de pies batiendo acompasadamente el suelo.

Apretó el gatillo. El jefe del batallón cayó fulminado.

Pero la formación no detuvo su marcha. Dos robots apartaron a un lado al oficial, otro tomó su puesto y la columna continuó su avance.

CAPITULO XIII

Laura estaba frenética.

—¿Acaso no vamos a poder detenerlos de ningún modo? —exclamó, a la vez que hacía fuego de nuevo.

Repentinamente, oímos el ruido más extraño que pudiéramos imaginarnos: el fragor de una descarga cerrada.

Veinte, treinta, acaso cuarenta carabinas, detonaron a un tiempo. Decenas de robots rodaron por tierra.

Laura y yo nos quedamos atónitos. ¿Quiénes eran los que disparaban?

Esta vez, la columna sí se había detenido. Sonó otra descarga y veinte robots cayeron instantáneamente.

Una enorme confusión se produjo en la masa de robots. Laura volvió a disparar su carabina, desde la seguridad de aquel promontorio rocoso, uniendo su fuego al de los desconocidos, de quienes apenas si veíamos un ligera humareda, procedente de sus disparos.

El tiroteo se generalizó. Los robots caían como moscas.

Sonaban disparos por todas partes. Era, simplemente, la caza del robot.

Al final, quedaban unos doscientos. Alguien con cierta graduación dio orden de retirada, comprendiendo, con su cerebro mecánico, que con sus proyectores de ácido no podían oponerse a aquellas armas que les alcanzaban desde cincuenta y más metros de distancia.

La retirada se convirtió en una fuga desordenada. Laura se puso en pie, satisfecha. El viento hacía ondear sus cabellos sueltos.

El suelo estaba cubierto de robots inmóviles. Figuras humanas empezaron a verse aparecer entre la maleza.

Un grito sonó en aquel instante. Era una voz conocida, de poderosos tonos:

—¡Laura!

La joven se llevó una mano al pecho. Un hombre corría hacia los peñascos, con una carabina en la mano, saltando por encima de los robots inmóviles.

—¡Kess!

Mi circuito del asombro estuvo a punto de inflamarse por una excesiva tensión cuando vi aparecer a unos treinta hombres, todos ellos armados con rifles y carabinas. Los hermanos de Kess figuraban en primera línea.

Kess trepó ágilmente y alcanzó la cumbre del promontorio.

—Laura...

Ella corrió y se arrojó en sus brazos. Los dos se confundieron en un apretado abrazo.

Kess me miró y sonrió:

—Hola, Rado.

—¿Cómo estás, Kess? —saludé.

—Maravillado. Pero, ¿qué hacéis vosotros aquí? —exclamó nuestro común amigo.

—Hace días que veníamos siguiendo a esa columna de robots —expliqué—. Les hemos hostigado continuamente, causándoles bastantes bajas, pero ellos no desistían de sus propósitos.

—¿Adonde iban? —preguntó Kess, cuyos brazos continuaban todavía rodeando el cuerpo de la joven.

—Al valle...

En aquel momento, vi a un hombre inclinado sobre un robot, esforzándose por quitarle el rociador líquido corrosivo.

—Kess, dile a ese hombre que deje quieto el aparato. No sabe manejarlo y podría hacerse daño o hacérselo a los otros.

Kess asintió. Gritó algo y el individuo se separó del robot como si fuese una serpiente venenosa.

—¿Dices que se dirigían al valle? —preguntó Kess, después de aquel inciso.

—Sí. Esos eran sus propósitos, Rado y yo los oímos—corroboró Laura.

—Pero ahora los hemos derrotado—dijo él.

—Es cierto —concordé—. Sin embargo, ¿cuánto tiempo crees que os durará la tranquilidad? ¿Un par de semanas? ¿Un mes? ¿Dos?

Kess frunció el ceño.

Mis palabras le habían preocupado.

—¿Opinas que volverán? —dijo.

—Y en número mucho mayor —aseguré.

—¿Cuantos robots sois en vuestra ciudad?

—Un millón, más o menos.

Kess se estremeció.

—Nos arrasarían, simplemente con pisotearnos —dijo.

Roberto y Juan, dos de los hermanos de Kess, subieron al promontorio y saludaron afectuosamente a Laura. También se mostraron muy preocupados al enterarse de lo que podía suceder.

—¿De dónde habéis sacado las armas? —preguntó Laura.

—Dirigí una expedición al lugar donde hay más almacenadas. Cada uno de nosotros lleva dos o tres, para entregar a los que no tienen —explicó Kess.

—En el valle no saben aún que estamos aquí —añadió Roberto.

Miré a Kess.

—Parece que has claudicado —dije.

El humano se echó a reír.

—Ellos son los que han claudicado. Acabaron por pedirme que organizara una expedición para conseguir armas —contestó.

—¿Y accediste? —preguntó Laura.

—¿Crees que no impuse mis condiciones?

Empecé a comprender.

—Tus compañeros no se han mostrado hostiles conmigo —dije.

—Tú también ibas incluido en esas condiciones —respondió él.

—Así, pues, Laura ha sido admitida en la comunidad.

—Y tú, Rado. Fueron muchos los que me apoyaron, por otra parte. Comprendieron la necesidad que tenían de tus conocimientos y acabaron por darse cuenta que no podías causarles ningún daño.

—Jamás fueron esas mis intenciones —aseguré.

—Kess —dijo Laura—, si he de vivir con vosotros, quiero que sea en paz. Rado dice que hay un millón de robots. ¿Qué sucederá si los movilizan a todos contra el valle?

—¿Pueden hacerlo? —me preguntó Kess.

Yo me acordé en aquel momento del R.E.I.

Hice un signo afirmativo.

—Avanzarían irresistiblemente y os barrerían con la mayor facilidad del mundo.

Los hermanos de Kess fruncieron el ceño.

—No podremos luchar contra tantos robots —dijo Roberto.

—Mucho me temo que habremos de abandonar el valle y escondernos.

—Como hicieron nuestros antepasados en tiempos remotos —añadió Juan.

—¿Qué armas emplearían contra nosotros? —quiso saber Kess.

Hice un signo con la mano.

—Seguidme, por favor.

Abandonamos el promontorio rocoso y descendimos a terreno llano. Yo me incliné sobre uno de los robots caídos y le despojé de su tanque de líquido, que coloqué a mi espalda.

A continuación agarré la manguera y enfoqué el proyector hacia unos arbustos próximos.

—¡Mirad! —exclamé.

Un chorro de líquido brotó a gran presión por la boca de la manguera. Kess, Laura y los demás, retrocedieron horrorizados, tapándose boca y narices con ambas manos.

—Huele a diablos —mascculló Kess.

El arbusto desapareció en cinco segundos. Yo me quedé asombrado.

Aquel proyector tenía un alcance triple del que había servido para destruir a Ossi. A treinta metros, podía aniquilar a una persona en menos que se tarda en contarlo.

Hice otra prueba y quemé un robot. Esta vez, hasta los metales resultaron corroídos en gran parte.

El ácido había sido «mejorado», como asimismo el mecanismo de proyección. No servía contra una carabina disparada a cincuenta pasos; pero ¿qué podían hacer sesenta hombres armados contra un millón?

El número los aplastaría con su marea irresistible. Y lo peor de todo era que los robots obedecerían sin replicar las órdenes que una máquina, enloquecida y ensoberbecida por el ansia de poder, les impartiría sin piedad desde su guarida.

Kess se preocupó todavía más al comprobar los terribles efectos de los proyectores.

—Acabarían con nosotros en un santiamén —dijo.

Laura me miró suplicantemente.

—¿No hay nada qué puedas hacer en nuestro favor? —me preguntó.

Reflexionó unos momentos.

Los robots habíamos dejado de ser libres, dando a esta palabra su justo valor en relación con lo que somos.

Un ser, no importa que fuese mecánico, hecho artificialmente, se había apoderado de la voluntad de cientos de miles de máquinas similares.

Yo continuaba libre. Esto no le convenía a Jaby.

Le interesaba apresarme. El escarmiento que se había prometido hacer conmigo no se había realizado aún y él quería que todos los robots presenciaran mi castigo.

Un millón robots representaban un millón de R.E.I. ¿Los habrían implantado ya todos?

Aun para nuestros medios, poco menos que ilimitados, era una labor ímproba. Sinceramente, creía que todavía debían de quedar robots en mis condiciones.

—¿Rado? —dijo Kess, en vista de mi silencio.

—Sí —contesté—. Hay un medio.

—¿Cuál es? —preguntó Laura ansiosamente.

—Es preciso ir hasta la ciudad de los robots —contesté.

Kess se estremeció.

—¡Diablos! —masculló—. Siento frío de pensar solamente que he de enfrentarme con un robot armado de uno de estos rociadores de ácido.

—Si queréis vivir en paz, no habrá otro remedio —dije—. Pero también añadiré que no es necesario que vayamos todos. Tú y yo será suficiente.

—Y yo —dijo Laura con vehemencia.

Sonreí.

—Bueno, uno más no importa —contesté.

—¿Cuál es tu plan? —quiso saber Kess.

—Te lo explicaré en seguida. ¿Dices que aún no saben en el valle que estáis aquí?

—Regresábamos cuando nos tropezamos con la columna de robots —manifestó Kess—. Estamos a un día de marcha…

—Si me permites un consejo, di a tus amigos que sigan su camino. Nosotros nos quedaremos. Laura necesita un buen

descanso, en primer lugar, ya que lleva unos días de actividad incesante. Mañana reanudaríamos la marcha, en tal caso.

—Muy bien —aceptó Kess—. Luego me explicarás en qué consiste tu plan.

Se volvió hacia sus hermanos.

—Volved al valle y manteneos vigilantes. Rado, Laura y yo, vamos a terminar de una vez con el peligro de los robots. Cuando lo hayamos conseguido, os avisaremos por...

—¡Espera un poco! —dije—. Voy a darles a tus hermanos algo que les permitirá conocer las noticias en el acto, aunque estemos separados por una distancia de cientos de kilómetros.

Había allí, en el suelo, delante de nosotros, numerosos R.E.I. Y, ¿no contenían esos aparatos unos receptores-emisores de radio?

CAPITULO XIV

Laura dormía apaciblemente, sobre la hierba, al pie de un árbol. Su pecho subía y bajaba con regularidad.

Kess vino con un par de conejos en las manos. Miró a la joven y sonrió.

—¡Pobrecilla! ¡Está rendida! —comentó en voz baja.

—Como que apenas ha dormido en estas tres noches. Y mis hombros no son un asiento demasiado cómodo.

Kess rió suavemente.

—Me lo figuro —contestó. Empezó a despellejar los conejos—. Rado, ¿tendrá éxito tu plan?

—Confiemos en ello —dije.

Me puse a encender el fuego.

—Lo difícil será entrar en la ciudad —añadí á poco.

—¿Por qué? —preguntó Kess.

—Hombre, me imaginó que ahora habrá lo que no había antes: centinelas. —Hice un gesto con la cabeza—. Nunca imaginé que los robots alcanzáramos a hacer una imitación tan perfecta de vosotros,

los humanos, con un déspota incluso… Lo siento, no te ofendas, Kess.

—Dices la verdad, Rado —contestó el joven—. Una perfecta imitación de nosotros, pero con un detalle de menos, digamos.

—¿Cuál? —pregunté.

—Al déspota humano se le puede convencer para que, en algunos casos, sea benévolo. No creo que eso suceda con Jaby.

—Sí, es cierto. —Lancé una sonrisa llena de amargura—. De Jaby, sí que se puede decir que no tiene corazón.

—No se me había ocurrido, pero es la verdad —sonrió Kess también.

Las llamas empezaron a crepitar. Media hora después, Kess aspiró el aire con delectación.

—Huele a maravilla —dijo.

Laura se sentó de, golpe en el suelo.

—Habéis estado hablando y no os oía —dijo—. Pero ese olor, me ha sentado como un chillido junto a la oreja.

Kess se echó a reír y le alargó medio conejo. Los blancos dientes de la muchacha mordían con fuerza y rapidez.

Me daban envidia, francamente. Aquel era un placer que yo no podría sentir jamás.

Aun considerándome, en muchos aspectos, muy superior a ellos, había sensaciones que no percibiría jamás. Podría alcanzar un grado de sabiduría poco menos que infinita… pero siempre estaría sujeto a las limitaciones propias de una máquina.

Viviría más que ellos. Cuando sus nietos tuviesen ya nietos, yo seguiría funcionando. Pero no pasaría de ser una máquina.

Laura y Kess charlaban y reían felices. Estaban contentos con lo que tenían. Ello me hizo meditar mucho.

¿Por qué quejarme de mi suerte?, me dije al cabo. La felicidad no estriba en tener más, sino contentarse con lo que se tiene. Nada de cuanto yo hiciera, nada de cuanto pudiera aprender en los años venideros, me convertiría un humano.

Seguiría siendo una máquina. Un robot.

Y, como tal, destinado a servir a los humanos.

Era mi suerte. «Resígnate, Rado», me dije.

La noche cayó. Ellos descansaron, mientras yo vigilaba. No ocurrió nada de particular.

Reanudamos la marcha al amanecer del día siguiente.

Según mis cálculos, nos quedaban todavía unas ocho jornadas de viaje. En mi caso se hubieran reducido a la mitad o menos. Pero era necesario contar con sus facultades físicas.

Pasado un tiempo, Kess me dijo:

—Rado, se me ha ocurrido, una cosa para entrar en la ciudad sin ser notados.

—Bien, habla —invité.

—Parece ser que ahora todos los robots, cuando menos los movilizados, usan un uniforme.

—Sí; es cierto.

—Robaremos tres uniformes. Ataviados con ellos podremos pasar desapercibidos.

—¿Y el pelo de Laura?

—Olvidas que hay robots que llevan casco—sonrió Kess.

—Tienes razón. Es una buena idea. Pero ¿quién...?

—Deja eso de mi cuenta; yo me encargaré. Sin ofenderte, Rado, hay cosas que un humano puede hacer mejor que un robot.

—Como quieras, pero no olvides que el factor sorpresa es primordial.

—Lo tengo muy en cuenta, Rado.

Dos días después, escuchamos a lo lejos un sordo murmullo que nos llenó de extrañeza.

—¿Qué es eso? —preguntó Laura, alarmada.

A lo lejos se divisaba una neblina de color amarillento. Una de las cosas que no podía hacer era fruncir el ceño, pero no por ello me sentí menos preocupado.

El rumor era persistente y no daba señales de cesar.

—Allí —dijo Kess de pronto—. Vamos a la cima de ese altozano.

Agarró la mano de Laura y echó a correr.

Yo les seguí de inmediato. El cerro vendría a tener unos doscientos metros de altura y era de pendientes muy suaves.

Había bastantes matorrales. Arrodillados detrás de uno de ellos, miramos a lo lejos, en la dirección de donde provenía el ruido.

Durante largos minutos, permanecimos en silencio, asombrados y consternados por el pavoroso espectáculo que estábamos contemplando.

El suelo negreaba a lo lejos. Una inmensa columna, compuesta

por decenas, tal vez cientos de miles de robots, agrupados en apretadas filas, se deslizaba serpenteando siniestramente por la llanura.

Los primeros robots estaban a nuestra altura, bien que a unos seis o setecientos metros de distancia. Los últimos se confundían con el horizonte.

La columna tenía unos cien metros de anchura. El número de robots parecía infinito.

—Es algo espantoso —murmuró Laura.

—Les bastará pasar por el valle, sin emplear sus armas, para arrasarlo todo —dijo Kess.

El ruido de miles y miles de pisadas se hacía abrumador. La polvareda que levantaban alcanzaba kilómetros de altura.

Era una visión dantesca, apocalíptica. Casi podía decirse que todos los robots se habían movilizado para aplastar a los humanos.

Y a un robot rebelde también, no lo olvidemos.

—Tenemos que hacer algo —dijo Laura de pronto, muy nerviosa.

—Calma, no te excites —recomendó Kess—. Rado, ¿cuánto crees que tardarán en llegar al valle? —me preguntó.

Reflexioné unos instantes.

—Este ejército no necesita ser aprovisionado ni descansar —repuse al cabo—. Los robots disponen ahora de un suministro de energía prácticamente ilimitado y no precisan hacer un alto durante la noche. Suponiendo que caminen sin cesar, como es lo más probable que ocurra, llegarán al valle dentro de ocho días.

—A nosotros nos quedan dos para alcanzar la ciudad —dijo Laura.

—Tenemos tiempo de sobra —calculó Kess.

—De todas formas, no estaría de más poner a tus hermanos sobre aviso —aconsejé—. Diles que se mantengan vigilantes. Nosotros podríamos fallar y la invasión se consumaría entonces irremisiblemente. Pueden avistar la columna con un par de días de anticipación, suficientes para evacuar el valle y ponerse a salvo en el peor de los casos.

—De acuerdo.

Reanudamos la marcha poco después.

Kess había hablado con su hermano Roberto, el cual le había

prometido informar seguidamente al consejo. Kess le indicó que destacase exploradores a dos días de marcha del valle y que les avisaran con señales de humo, caso de acentuarse el peligro. Roberto le prometió seguir sus consejos y una vez cortada la comunicación, volvimos a caminar.

El ruido de los robots al pisar llegaba muy lejos. Estuvimos oyéndolo veinticuatro horas seguidas. Era aterrador.

Luego, la columna de polvo se alejó hacia el Sur. Aún flotó en el espacio atmósfera un día más. Desapareció cuando teníamos la ciudad a la vista.

Tendidos en el suelo, convenientemente ocultos, contemplamos el perímetro de la ciudad robótica. Habían pasado dos días. En aquel espacio de tiempo, la columna de robots había ganado cuatro días.

Quedaban, pues, otros cuatro antes de su llegada al valle. La situación amenazaba con tomarse crítica.

Tal como habíamos supuesto, el perímetro externo estaba rodeado por centinelas armados con proyectores de ácido. La distancia entre cada puesto de vigilancia era de unos quinientos metros.

La desventaja de los humanos estribaba en el circuito de recepción de sonidos de los robots, que, seguramente, estaría excitado hasta la hipersensibilidad. A Kess, sin embargo, era algo que no le preocupaba demasiado.

—Estoy acostumbrado a moverme en la selva. No me oirá — declaró; y no había petulancia en sus palabras.

Mientras llegaba la noche, cortó una rama gruesa como su brazo, dejándola de la longitud de un metro aproximadamente. Me explicó sus planes.

—Podría usar la carabina, pero no tengo ganas de que se me estropee —dijo—. Vosotros, los robots, tenéis la cabeza muy dura.

—Sobre todo, uno que conozco yo —dije sonriendo.

Apenas se hizo de noche, Kess desapareció reptando.

Esperamos algunos minutos. De pronto, oímos a lo lejos un ligero chasquido.

La estaca había entrado en funciones. Puse en acción mi visión de rayos infrarrojos y capté la imagen de Kess, vistiéndose con las ropas del centinela.

Uno de los vigilantes más próximos había captado el ruido del garrotazo y se acercó a investigar. Kess usó el palo por segunda vez.

—Esto marcha —dije entre dientes al ver desplomarse al centinela curioso—. Vamos, Laura.

Nos acercamos al lugar donde estaba Kess, despojando al segundo centinela de su indumentaria.

—Seguid vosotros —indicó—. Yo volveré en seguida.

Pronto tuvo ocasión de utilizar por tercera vez su famoso garrote. A los cinco minutos regresó con un puñado de ropas y un casco en la mano.

—A éste tuve que atizarle en plena cara —explicó.

Minutos después, estábamos equipados con nuestra nueva indumentaria. Así transformados, avanzamos hacia el edificio donde estaba el C.O.M.

—Tú nos guiarás, Rado —dijo Kess.

Asentí en silencio. Había dos centinelas en la entrada principal, que fueron eliminados por el mismo procedimiento.

El paso quedó libre.

—Vamos —dije, lanzándome hacia adelante a la carrera.

Atravesamos el gran vestíbulo y nos dirigimos hacía la puerta de la sala de control. Estábamos a un paso de conseguir nuestro objetivo.

Abrí la puerta. Varios robots se afanaban en el manejo de las dos grandes máquinas que servían para controlar los menores movimientos del resto de la población robótica.

Avanzamos unos pasos en la sala. Entonces escuchamos una voz sardónica:

—Habéis tardado demasiado, pero ello no quita para que os dé mi más efusiva bienvenida.

Kess, Laura y yo volvimos la cabeza.

Sentado en un sillón, a diez pasos de nosotros, estaba Jaby.

Detrás de él, seis robots de caras ceñudas tenían sus mangueras listas para rociarnos de ácido a una orden suya.

CAPITULO XV

Jaby. sonreía satisfecho.

En cuanto a nosotros, nos sentíamos abrumados por una sensación de desastre irreparable.

Más que en nosotros mismos, pensábamos en los habitantes del valle. Podrían, tal vez, ponerse a salvo... pero necesitarían descansar.

Sus perseguidores eran infatigables. Caminarían días y días y acabarían por alcanzarlos.

El resto es fácil de imaginar.

—Os esperaba —dijo Jaby, tras unos momentos de profundo silencio—. Y no sólo os esperaba, sino que he seguido vuestro avance casi palmo por palmo.

Extendió la mano hacia un cuadro de control.

—Ahí podéis ver unas cuántas lámparas apagadas. Son las de los centinelas que habéis despachado para llegar hasta aquí.

—Entonces, supongo que nuestro fin es inmediato —dijo Kess.

—¿Puedes imaginar otra cosa? —contestó Jaby. Kess se frotó la mandíbula.

—Pero no entiendo. Tú eres un robot. ¿Qué ventajas puedes obtener de tu posición? No usáis e! dinero, no podéis disfrutar de las satisfacciones propias de los humanos... ¿Acaso el poder puede llenar tus ansias?

—El poder... y algo más —respondió Jaby.

—Si tuvieras la bondad de explicarte...

Jaby movió una mano ligeramente.

Una puerta se abrió en el otro extremo de la vasta estancia.

Cuatro o cinco hermosas muchachas, sucintamente ataviadas, penetraron a través de la puerta.

Laura dejó escapar un grito:

—¿Qué hacen aquí estas mujeres? ¡Suéltelas...!

Jaby se echó a reír.

—Querida —dijo—, son robots también.

Kess pegó un respingo.

—¡Demonios! ¡Pues hay que ver lo bien imitadas que están?

—Mejor estarán en lo sucesivo... dentro de muchos años, por

supuesto; no es cosa que vaya a ocurrir dentro de unas semanas —declaró Jaby.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Laura.

Jaby se puso en pie lentamente.

—Podemos vivir muchísimo, siglos incluso. El tiempo no cuenta para nosotros como para vosotros, los humanos —declaró—. Carecemos de vuestra prisa. Podemos investigar... y esperar.

—¿Esperar... a qué?—quiso saber Kess.

—Antes dijiste algo que expresó en buena parte nuestros sentimientos. Carecemos de muchas cosas que os son propias, a los humanos. Una de ellas es la falta de sensaciones físicas. Eso se debe a que carecemos de vuestra envoltura corporal.

—¿Y…?

—Sencillo. No tenemos prisa. Los siglos están por delante para permitimos investigar. Un día, nuestros cuerpos serán de carne y hueso, como los vuestros, pero no estarán sujetos a vuestras debilidades y enfermedades. El continuo estudio nos permitirá eliminar defectos y quedarnos sólo con las ventajas.

Señaló a las chicas.

—Y esos robots, un día, serán mujeres de carne y hueso —concluyó.

Kess se sentía horrorizado.

Laura no podía hablar. En cuanto a mí, me había figurado algo desde el principio.

—Será una nueva raza de robots —dijo Jaby, tras un prolongado silencio.

—Y todos ellos tendrán insertado el R.E.I. —hablé yo por primera vez después de mucho rato.

Jaby me dirigió una mirada desdeñosa.

—¿Puedes pensar en que no lo he ideado así? —contestó.

Kess se pasó la mano por la cara.

—Está loco —gruñó.

—No, no lo estoy —dijo Jaby—. Es un plan que he ido meditando y madurando durante años y años. Rado os habrá contado lo que pasó antes de irse. ¿Cómo podríais creer que todo lo que hice fue preparado en sólo unas semanas? Su ejecución sí requirió poco tiempo; lo que me llevó años enteros fue el planeamiento y resolución de los posibles problemas que podrían

surgirme al paso. Ya están todos solucionados.

—Todos no—dije.

—¿Cuál falta?

—El único, el que no podrás conseguir. Tal vez logres crear carne artificial, pero no crearás un cerebro artificial… un cerebro humano, se entiende. ¿Y qué es un cuerpo humano sin su cerebro, donde reside la mente, que, es, a fin de cuentas, la inteligencia?

Jaby sonrió desdeñosamente.

—¿Crees que no lo tengo resuelto también? ¿Con qué cerebro estoy pensando ahora? Me bastará insertarlo en mi nuevo cuerpo…

Yo moví la cabeza.

—Pero no conseguirás nada —dije.

—¿Por qué?

—Porque un cerebro artificial como el tuyo, puede llegar a realizar cosas que bien pueden calificarse como de actividades mentales, y que no son otra cosa que el resultado de las consultas dirigidas a los circuitos memorísticos, analizadas debidamente, relacionadas con hechos pertinentes ya conocidos o fácilmente evaluables, y luego devueltas en forma de respuesta; pero ese cerebro artificial no llegará nunca a ser como el de un humano, ya que jamás registrará las sensaciones periféricas, como son las olfativas, táctiles, las del gusto…

«Para darte un ejemplo: podrás quemarte la mano y no sentirás el menor dolor, porque los nervios de la mano no conducirán hasta el cerebro la sensación de quemadura. Y así todas las demás —concluí tajantemente.

Sonreí en silencio.

Tenía toda la razón estaba de mi parte.

Jaby lo comprendió así. Hasta entonces no parecía haberse percatado de la realidad.

Su rostro se deformó súbitamente por la ira. En aquel momento, nos consideraba culpables del derrumbamiento de sus locos sueños de robot que quería ser humano.

Se retiró unos pasos y lanzó un aullido:

—¡Quemadlos vivos! ¡Vosotros dos, los humanos, sí sentiréis…!

Kess empezó a levantar su carabina. Alguien se le anticipó.

—¡Jaby!

Un robot apareció entonces. Yo no le había visto jamás.

Llevaba en la mano la manguera de un rociador de ácido. Proyectó un chorro y lo lanzó de lleno contra la cara de Jaby.

Un horroroso alarido se escapó de labios de Jaby. No percibía la sensación de quemadura producida por el ácido. Veía que sus sueños se convertían en humo. Eso le hacía gritar de rabia.

Cayó al suelo. El recién llegado siguió regándolo con ácido hasta que dejó de moverse.

Luego miró a los otros robots.

—Soy Irno, miembro del C.O.M. Os ordeno que no causéis el menor daño a los humanos y al robot que le acompaña.

Las mangueras que nos apuntaban bajaron al suelo.

Reinaba un profundo silencio. Irno se acercó a nosotros.

—Yo era amigo de Dute —dijo.

Hice un signo de asentimiento. Ahora comprendía quién había guiado a Dute hasta mi encierro.

—Somos robots —añadió—. No podemos pretender convertirnos en humanos. Las máquinas debemos servir al hombre. —Miró a Kess y a Laura—. Pero el hombre no debe servirse de las máquinas para fines ilícitos. Eso fue lo que, en realidad, causó vuestra destrucción hace siglos.

—Comprendo —murmuró Kess—. Hay un ejercito de robots en camino para destruir a mi pueblo.

Irno sonrió.

—Es cosa que tiene fácil remedio.

Se acercó a un punto de la pared y bajó una gran palanca. Todas las luces de los aparatos de control se apagaron instantáneamente.

—Es el interruptor general que permite el envío o la suspensión de energía al R.E.I. —explicó.

A cinco días de marcha de aquel lugar, trescientos mil robots cayeron al suelo en un segundo.

—Ese interruptor permanecerá bajado mucho tiempo—dijo Irno —. Será una labor costosa, pero retiraremos todos los transmisores de los R.E.I. Somos robots, pero dentro de nuestras limitaciones mecánicas, también tenemos derecho a ser libres.

Miró a Kess y a Laura y sonrió.

—Volved con los vuestros. Os queda una inmensa tarea por delante. Empezadla ahora mismo, empezad inmediatamente la tarea de reconstruir vuestro mundo.

—Así lo haremos —prometió Kess, asiendo la mano de Laura.

—Ve con ellos —indicó Irno—. Les ayudarás mucho.

—Sí, señor —contesté.

* * *

Hace días, el primogénito de Kess y Laura empezó a berrear de un modo desconsiderado.

Laura, alarmada, me llamó.

Examiné al chiquillo. Nada, cosas de la tripita. En pocos minutos lo puse como nuevo.

Laura respiró satisfecha. Su marido fue informado cumplidamente cuando regresó de trabajar.

—Sí, es una ventaja que Rado estudiase tantos libros de Medicina —dijo Kess.

—Nos ayuda muchísimo —sonrió Laura—. No sé qué haríamos sin él.

—Lo pasaríamos muy mal, en efecto—convino Kess.

Eso me hizo sonreír.

Me necesitaban. ¿Cuándo no han necesitado los hombres de las máquinas?

La primera máquina fue una simple palanca, una rama de un árbol y una piedra como punto de apoyo. Desde entonces, el hombre no ha cesado de emplear las máquinas.

Yo soy un robot, una máquina perfeccionadísima. Ellos me necesitan. No podrían pasarse sin mí.

Y… ¿qué era lo que yo había estado buscando durante tanto tiempo?

Servir al hombre, por supuesto.

Pero ellos ya no podían prescindir de mí; no podían prescindir de la máquina.

¿Quién es dueño de quién?

FIN